

TE HABÍA

Goñacho

+18

CHRISTIAN
MARTINS



**Te había
soñado**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN OCTUBRE 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

*Seguramente suene muy repetitivo y cansino, pero una vez más, esta novela también va dedica a mis chicas Martins.
Ellas son las encargadas de hacer mis sueños realidad.*

Los sueños solo son sueños, pero mi sueño eres tú...
Paqui López Núñez

Estoy demasiado borracha para poder analizar con detenimiento mi alrededor, pero lo poco que consigo distinguir me indica que es el típico apartamento de estudiantes. Ese detalle, además, me hace preguntarme cuál será la edad de mi acompañante; aunque en un último instante deshecho ese pensamiento y me centro en sus abdominales. Él —no recuerdo su nombre, aunque debe de habérmelo dicho— se ha quitado la camiseta y los pantalones y los ha dejado en el sofá. Un sofá asqueroso que está lleno de manchas y de migas de pan.

—¿Por qué no me enseñas tu habitación, guapo? —pregunto con voz sensual, guiñándole un ojo, mientras me saco la blusa por la cabeza.

Me mira los pechos embobado mientras asiente con la cabeza y me guía hacia una habitación contigua. Pequeña, con una cama de noventa, desordenada, pero... limpia. O eso me parece, al menos. Me digo a mí misma que debo ingerir una cantidad menor de chupitos de tequila para poder escoger mejor a mis pretendientes, aunque algo me dice que cuando meta su mano en mis bragas ese detalle también me será indiferente.

—No me has dicho cómo te llamas —me dice con voz inocente, sin poder apartar los ojos de mí mientras me saco la falda de tubo y me quedo frente a él en tanga y sujetador.

Soy consciente de lo mucho que le atraigo, y eso me excita aún más.

—¿Hace falta que te lo diga? —murmuro, desabrochando el sujetador.

Él parece paralizado, sin saber qué hacer. Algo me dice que, a parte de ser un crío —¡dios! ¡soy una asaltacunas!—, tampoco tiene mucha experiencia en el ámbito sexual. No importa. En realidad, puedo encargarme yo solita de coger las riendas.

Libero mis pechos y le indico con un gesto que se acerque a mí. Él camina con timidez, vestido únicamente con unos calzoncillos. Le muerdo la boca y enredo mi lengua con la suya en un beso húmedo mientras libero su erecto pene de la presión de los bóxers. Empiezo a masajear su miembro con suavidad y siento cómo el beso se intensifica. Poco a poco va cogiendo confianza y se atreve a colocar, tímidamente, una mano en mi cintura. Guío su otra mano hasta mis bragas y la meto dentro, apremiándole a que se vaya soltando. Y aunque continúa con cierta timidez, voy sintiendo cómo sus dedos se infiltran entre mis labios vaginales y un cosquilleo me recorre de pies a cabeza mientras nos tocamos. Nuestro beso sabe a alcohol, y si he de decir la verdad, no sé quién de los dos bebió más a anoche.

—Eres preciosa... —gime, con un dedo en mi interior.

—Sssh... Tú sigue...

Masajeo su miembro con movimientos firmes y cada vez más rápidos. Él está húmedo y preparado, pero a mí aún me queda un poco más. Dejo de hacer lo que estoy haciendo para pellizcarme un pezón, mientras su mirada se clava en mí con los ojos repletos de lujuria. Le doy un empujón dirección a la cama hasta que, al final, se queda sentado sobre el colchón. Moreno, ojos marrones, guaperas pero inocente. Hay un poster de Star Wars colgado en la pared que me explica por qué a sus veinti-pocos años su experiencia sexual es tan patética. Supongo que hasta ahora ha vivido inmerso en los videojuegos, pero ya va llegando la hora de que el resto de las mujeres del planeta disfruten de su genética privilegiada. Tiene los brazos marcados, aunque apostaría un riñón a que este chico no ha pisado un gimnasio en su vida. Y aunque suene muy mal, ese aire inocente que desprende hace que me vuelva loca de placer.

—Ponte un condón —le ordeno.

Tomo la píldora y algo me dice que este chico poco puede contagiarme, pero aun así es mejor prevenir que curar. Meto dos dedos en mi interior y me masturbo frente a él mientras se lo coloca con torpeza. Cuando termina, sigue mirándome con los ojos fuera de sus órbitas.

Me acerco hasta él y me coloco a horcajadas sobre su regazo. Sujeto su miembro para guiarlo hacia mi interior y voy descendiendo poco a poco hasta clavarme por completo en su interior. Él jadea de placer. Gruñe.

—Joder...

—Sí, joder... —corroboro con una risita, comenzando a mecarme rítmicamente.

Él no hace nada. Me mira, seguramente procurando contenerse para no estallar antes de tiempo. No se atreve a tocarme los senos, ni siquiera a darme un beso. Es como si yo le quedara demasiado grande. Pero no importa. Me engancha a su cuello y comienzo a lamerle mientras siento una oleada de calor extendiéndose por mis entrañas. El alcohol vuelve a hacer mella y todo da vueltas a mi alrededor, intensificando el placer que siento en estos instantes. Presiento que el orgasmo está cerca, así que acelero los movimientos con más fuerza mientras él jadea, gime y grita de placer. Y entonces, sin importarme si aún necesita tiempo para terminar o no, exploto. Me sujeto con fuerza a sus hombros mientras el orgasmo me parte por la mitad, y unos segundos más tarde, siento cómo el cuerpo del chico se sacude con fuerza. Nos corremos casi a la vez y nos dejamos caer en la cama, desnudos y sudados.

Ya es de día y debería irme a mi casa, pero es sábado, no trabajo y tengo demasiado sueño. Pensar en vestirme y en coger un taxi quizás sea lo que más pereza me dé en el mundo ahora mismo, así que estiro la sábana de su cama y decido que me echaré una cabezadita.

—¿Te quedas a dormir, guapa? —me pregunta.

Yo pongo los ojos en blanco, incapaz de contener la exasperación por la obviedad de su pregunta.

—Cierra los ojos y cállate, anda —le digo, justo antes de besarle en los labios.

La cama es diminuta y entramos apretados, pero para pasar lo peor de la resea creo que será más que suficiente.

Abro los ojos porque el sol golpea directamente mi rostro a través de la ventana. Al hacerlo, me siento aturdida y desorientada, pero no tardo en recuperar la memoria al ver el poster de Star Wars colgado en la pared, justo frente a mí.

El chico duerme a mi lado, rodeando mi cintura con su brazo. Le aparto con disimulo, procurando no despertarlo, mientras me maldigo a mí misma por haberme quedado dormida.

Regla número uno: no quedarse a dormir nunca, jamás de los jamases, en casas ajenas. Los despertares de la siguiente mañana suelen ser incómodos y poco agradables, así que es mejor evitarlos a toda costa.

Salgo de la cama con sigilo y recupero mi tanga, y mi falda. Me visto, pero no consigo encontrar mi blusa por ninguna parte.

—Buenos días, guapa —ronronea él, abriendo los ojos—. ¿Te vistes? ¿Te marchas? —pregunta, boquiabierto, al comprobar la prisa que tengo por salir de allí.

Yo le dedico una sonrisa encantadora y le ignoro, decidida a no distraerme de mi tarea.

—¿Por qué no te quedas a desayunar? Puedo hacer tostadas... Creo que tenemos mermelada en casa.

El “tenemos” de su frase me confirma que, tal y como sospeché ayer, esto debe de ser un piso compartido. Miro el reloj de mi muñeca. Son las tres del mediodía, ¡mierda!

—En realidad, es hora de comer —le corrijo—, y tengo que irme. ¿Has visto mi blusa?

Él se levanta de la cama de un salto, nervioso.

—Pero me darás tu número, ¿verdad? Podríamos quedar otro día...

—¿Mi blusa? —repito, cada vez más nerviosa.

Tengo que salir de aquí antes de que la situación se tense más.

—Creo que la dejaste en la sala —me dice, señalándome la puerta mientras se pone los bóxers.

Salgo fuera sin recordar que en ese piso vive más gente, pero me doy de bruces con la realidad cuando veo a otros dos chicos, menos agraciados que mi ligue de esta noche, jugando a la play station en el sofá del salón. ¡Mierda! ¡Son unos mocosos!

Les dedico una sonrisa simpática mientras ellos miran mis tetas embobados. Seguramente sean las mejores vistas que han tenido en la vida real, así que dejo que disfruten unos segundos antes de preguntarles por mi blusa.

—Ahí —señalan al unísono, mientras el guaperillas de anoche me persigue allá por donde

voy.

—¿Volveremos a vernos? —pregunta con nerviosismo.

Rescato mis tacones, mi bolso, y después de un breve “sí, claro” a modo de respuesta salgo corriendo del piso con los zapatos en la mano. Me calzo en el portal mientras el frío de octubre se cuele dentro, creando una corriente que me deja helada. Me pregunto qué diablos haría anoche con mi chaqueta y por qué no llevo medias. ¡Ah, sí! Se me rompieron en mitad de un bailecito con Mili y decidí quitármelas antes de llevarlas repletas de carreras.

Salgo a la calle y espero a que pase un taxi mientras me esfuerzo por no morir congelada. “El frío solamente está en la mente”, me autoconvenzo. Pero mi piel de gallina opina bastante diferente a mí.

Cuando por fin consigo refugiarme en el interior de un taxi, saco el teléfono móvil y llamo a Mili. Tengo doce llamadas perdidas de ella, así que supongo que será para algo importante.

—Ya era hora... —responde de mal humor—. ¿Dónde estás? Te he estado llamando a casa.

Suspiro hondo y me hundo en el asiento bajo la atenta mirada del conductor.

—De camino a casa. ¿Qué pasa?

—No pasa nada —me responde mi amiga—, pero ayer te marchaste con el chavalillo ese y empezaba a pensar que por fin habías dado con un psicópata zumbado.

—Pues no, estoy viva.

—¡Menos mal! —exclama Mili con voz exagerada—, estaba a punto de llamar a los hospitales a ver si sabían algo de ti. O a la policía. Te imaginaba amordazada y atada, gritando...

—Si alguna vez me amordazan, me atan y grito, no llames a la policía, porque algo me dice que me estará gustando... —me río tontamente mientras el conductor del taxi pone los ojos en blanco.

—No tienes remedio, Lu... —me dice, y puedo imaginar su cara como si la tuviera aquí delante—. ¿Vas a venir esta noche a la fiesta de Halloween?

—¿Dónde es? —inquiero mientras bostezo.

Estoy agotada y no sé si seré capaz de aguantar un segundo asalto.

—A las diez en mi casa, ¿vale? —me dice.

Escucho a Julen de fondo diciéndole algo. Julen es su novio, por si no os lo había dicho. Llevan juntos un par de años y son lo más empalagoso del mundo, así que nuestras amigas y yo contamos los días para que suenen campanas de boda. Algo nos dice que Mili será la primera de la cuadrilla en pisar el altar.

—Vale, allí estaré.

Estoy a punto de colgar cuando escucho su voz por el auricular.

—¿Qué? —pregunto.

—Que si vendrás acompañada del chico de ayer.

Suelto una carcajada descomunal.

—¡No, joder! —exclamo, casi ofendida—. No iré acompañada. Ya sabes... paso de los hombres.

—Ya... Pasas de ellos, pero eliges uno nuevo cada fin de semana —me recrimina, como si mi actitud fuera un delito.

—Venga, pesada, te veo luego... ¡Besos!

Y ahora sí, corto.

Cuando llego a mi casa me bebo dos litros de agua fría de la nevera —tanto chupito de tequila me había dejado deshidratada—, me doy una ducha calentita para entrar en calor, me pongo el pijama y me meto en la cama. Estoy agotada. Me pregunto cuánto habré dormido y me digo a mí misma que tengo que empezar a enderezar mi vida y ser un poco más formal, pero sé que no lo haré. O al menos, no en ese sentido. En cuanto al trabajo, soy muy feliz trabajando en la floristería de mi madre, esa que algún día heredaré. Soy responsable en cuanto a los pagos de mis facturas y creo que, en general, mi nevera suele tener algo de comida para subsistir. Pero en cuanto a relaciones... Creo que jamás sentaré la cabeza, porque así, estoy de maravilla. Cero compromisos, cero sentimientos, cero complicaciones. De vez cuando repito con algún mismo chico, pero mi norma general es no quedar más de cuatro veces con el mismo o, en todo caso, no quedar con él más de una vez al mes. Y funciona. Por ahora he conseguido esquivar la temida pregunta de: ¿somos algo más que amigos?

Al final, los párpados se me caen y termino sumida en un profundo sueño. Cuando regreso a la realidad, sigo igual de cansada, pero a mi alrededor ya ha oscurecido y mi casa está enterrada en una ligera penumbra. El reloj de la mesilla me indica que son las nueve y cuarto de la noche y, entonces, ¡recuerdo la fiesta de Mili!

He estado tentada de levantar el auricular y decirle a Mili que no iba a ir a su fiesta, pero en el último instante he decidido animarme. Sé que el domingo no seré persona y que el resto de la semana estaré arrastrando el cansancio extremo de las resacas, pero me digo a mí misma que si no me permito desmadrarme un poco ahora, que tengo treinta años, ¿cuándo lo haré? La juventud no es eterna y, por mucho que nos pese, no sé si dentro de diez años seré capaz de aguantar este frenético ritmo de vida —y de ingesta de alcohol—.

El piso de Mili y de Julen está hasta arriba de gente. Había esperado encontrarme con una fiesta familiar y pequeña, pero no. Todo lo contrario, ¡han armado una buena! Me cuelo en el interior cuando alguien sale al rellano a llamar por teléfono —“pobres vecinos”, pienso—, y doy una pequeña vuelta en busca de mi amiga. Al final, la encuentro hablando con Carol en la cocina, mientras se preparan un cubata.

—¿Me ponéis uno de ron-cola, por favor? —pregunto a modo de saludo.

Mili pone los ojos en blanco con diversión y Carol me da un abrazo de bienvenida. Llevábamos bastante tiempo sin coincidir.

—¿De qué se supone que vas disfrazada? —inquire Mili, repasándome de arriba abajo con la mirada.

Yo me encojo de hombros.

Ella va de gatita putón y Carol, que se curra mucho los disfraces, va vestida del payaso asesino de la película de miedo.

—De gótica, supongo —admito con una carcajada.

No tenía ningún disfraz en casa y he optado por vestirme de negro y pintarme los labios de rojo putón. Mili vuelve a poner los ojos en blanco y se aleja unos instantes en busca de “algo” mientras farfulla que soy un desastre. Carol y yo aprovechamos para quedarnos a solas y tomarnos un chupito de tequila en honor a “las amigas”. ¡Genial! Me había dicho a mí misma que hoy bebería poco, pero ya ha caído un cubata y un chupito..., así que esto pinta peligroso. Al poco rato Mili regresa con un sombrero negro, de bruja, y me lo coloca en la cabeza.

—Mejor —me dice, guiñándome un ojo—, al menos parece que vas disfrazada de algo.

—Pero no pienso ponerme ninguna verruga en la nariz, ¿eh?

Me río tontamente.

La música está altísima y no conozco a casi nadie de los presentes. Bueno, en realidad, sí. A

Alberto, el amigo de Julen. Tuvimos un rollo informal el año pasado, aunque al final terminé cansándome de él.

—Alberto no te quita los ojos de encima —me susurra Mili con una sonrisa traviesa.

Sé que, en el fondo, quiere emparejarme con él. Julen y Alberto son muy amigos y Mili dice que sería genial que los cuatro pudiéramos salir por ahí de vez en cuando, pero a mí no me interesa. Una cosa es divertirse un poco y otra cosa es una cita doble.

—¿Dónde está? —inquiero, buscándole disimuladamente con la mirada.

Hace rato que le he perdido de vista.

Debo admitir que hoy estaba muy guapo. Va vestido de vaquero, con un sombrero cow boy muy sexy y unos vaqueros apretados que dejan muy poco a la imaginación. Además, las camisas a cuadros siempre le han quedado especialmente bien.

—Detrás de ti... y no te quita los ojitos de encima —me dice mi amiga con voz tontorróna.

Pero cuando me doy la vuelta para buscarle, mi mirada no choca con la de Alberto, sino con otros ojos desconocidos que también estaban clavados en mí. Azules intensos, preciosos. El desconocido es alto, guapo, con rasgos marcados y varoniles. Va vestido de policía con un uniforme que debe de ser un par de tallas más pequeñas a la suya, porque le queda justísimo. Me fijo en que lleva unas esposas de juguete colgadas del cinturón y me digo a mí misma que no estaría nada mal dejarme esposar por él esta noche.

—¿Qué viene! —murmura Mili, justo antes de propinar un codazo.

Libero un aullido, quejándome por el golpe, cuando Alberto aparece junto a nosotras. Le dedico una sonrisa sexy y él me la devuelve, rodeándome la cintura con su brazo antes de besarme la mejilla.

—Estás guapísima —susurra en mi oído.

Siento un escalofrío recorriéndome de arriba abajo mientras recuerdo nuestra última nochecita en su Ford Fiesta. A decir verdad, a pesar del espacio reducido que tuvimos, no estuvo nada mal... Aunque la siguiente vez me gustaría que fuéramos capaces de soportar el calentón hasta llegar a casa. Alberto suele llevar muy mal eso de controlarse, pero algo me dice que si practicamos un poquito más terminará mejorando.

—Tú tampoco estás nada mal... —respondo con coquetería mientras su mano baja un poquito más de la cuenta, quedándose en mi trasero.

La aparto delicadamente porque no quiero que nadie piense nada que no es y después él pasa a saludar a Mili. Cuando me doy la vuelta para dejar el vaso vacío sobre la mesa, vuelvo a toparme con los ojos azules del policía. Sigue ahí, mirándome muy fijamente. Le dedico una sonrisa disimulada y él se apresura a devolvérmela. ¡Ay, Dios! ¡Esto se complica! Una vocecita en mi cabeza me dice que sea buena y que me dedique a mis amigas; ya habrá tiempo para ligues en otra ocasión. Pero después de sopesar la idea unos segundos termino diciéndome que para algo estoy

soltera y sin compromiso, ¿no? Pues eso.

—Voy a por algo de beber —nos dice Alberto, alejándose hacia la cocina.

Mili se empieza a reír como una loca, diciéndome que está coladito por mí.

—No te quita los ojos de encima, tía —asegura, sujetándome del brazo con tanta fuerza que estoy convencida de que empiezo a sentir un hormigueo por falta de riego sanguíneo—. ¡Le tienes loquito!

—¿Y ese? ¿Quién es? —pregunto, señalando disimuladamente al chico de los ojazos.

—¿Quién es... quién?

—El policía de los ojos azules... El que está hablando con la rubia que va de caperucita putón.

Mili lo inspecciona con el ceño fruncido, aunque al final termina sacudiendo la cabeza en señal de negación.

—¿No lo sabes? ¡Pero sí es tu fiesta!

—Será algún amigo de Julen —supone.

—¿Puedes preguntarle quién es?

Mi amiga me fulmina con una mirada de reproche.

—¿Y Alberto qué?

—A Alberto ya le tengo muy visto —me río—. Además, cuantos más candidatos, mejor...

Me callo sin ahondar más en el asunto porque el susodicho regresa con una bandeja con chupitos y otro trago de ron-cola. Al parecer, se ha propuesto emborracharme.

—¿Un brindis? —propone, mirándonos a las dos—. ¿Por las viejas amistades?

Veo cómo me devora con la mirada.

—¡Por las viejas amistades! —repite Mili, bebiéndose el tequila de un trago.

Yo hago lo mismo, y me sorprendo al comprobar que su sabor cada vez me desagrada menos. Creo que mi nivel de alcohólica empieza a rozar límites peligrosos, sí.

Alberto me susurra en el oído si me apetece subir a ver las vistas de la azotea, y yo le respondo que no hasta que me doy cuenta de que el de los ojazos y la caperucita han desaparecido del mapa. Entonces, de repente, el plan me parece mucho mejor.

—¿Por qué no?

Mili vive en el último piso y su edificio cuenta con una azotea enorme con acceso para los propietarios. La tienen preciosa y las vistas de Madrid son espectaculares, pero el ambiente de hoy no es tan agradable como de costumbre. Varias parejas de la fiesta han decidido subir arriba para darse el lote, y algo me dice que Alberto me ha traído aquí con la misma intención. En cualquier otra ocasión me habría parecido una idea excelente, pero si he de ser sincera hoy mis expectativas han cambiado de rumbo y se han fijado en el poli guapo de los ojazos.

—¿Vamos a esa esquina? Parece más tranquila.

—No sé... —murmuro, indecisa.

Alberto vuelve a colocar la mano sobre mi trasero y me quita el vaso de la mano para apoyarlo sobre una repisa de ladrillo. Sobre nosotros, el cielo nublado amenaza con una intensa lluvia que dará comienzo en cualquier instante.

—Venga, relájate... ¿No te apetece que disfrutemos un poco? Hace mucho que no te veía —me dice con una sonrisa irresistible y un tonito de voz que despierta mis sentidos más dormidos.

Aprieta mi nalga derecha y me atrae hacia él con suavidad, mientras sus labios se posan en mi cuello. Yo cierro los ojos y me dejo llevar mientras nuestros cuerpos se rozan. Puedo sentir su erección debajo del pantalón, hinchándose cada vez más, y vuelvo a temer que nuevamente no seamos capaces de llegar más allá del Ford Fiesta. ¡Una lástima, vaya!

—Joder, Lucía... ¡Cómo me pones! —jadea, repasando mi cuerpo con sus manos.

Muy bien, segundo asalto del fin de semana... ¡Allá vamos!

Empiezo a calentarme cuando, de repente, un chico pasa muy cerca de nosotros —¡con todo el espacio que hay!— y tira mi cubata de la repisa de ladrillos al suelo. El ron-cola salpica por completo los pantalones de Alberto, que, sorprendido, se aparta de mí de un salto para ver lo que ha pasado.

—¿Es que no hay espacio en toda la maldita azotea? —reprocha de mal humor.

Cuando levanto la mirada de los cristales rotos, me doy cuenta de que el incidente lo ha provocado el sexy policía al que le tenía echado el ojo.

—¿Pero de qué vas, tío? —recrimina Alberto, que lleva un par de tragos de más y no parece importarle una pelea de gallitos.

—No quería molestar —asegura, mirándome a mí y guiñándome un ojo—. Ya lo siento...

Alberto se da cuenta de que está tonteando conmigo y parece calentarse aún más. Algo me dice que, si no paro esto rapidito, la pelea de gallos terminará con algún labio roto y o un ojo morado.

—Creo que me voy abajo a buscar a Mili —corto, dirigiéndome a Alberto—. Te veo luego, ¿vale?

Mi acompañante se queda boquiabierto, con el calentón en la bragueta, mientras yo paso de largo en dirección a las escaleras. Mientras camino, puedo sentir la presencia del policía de los ojos azules detrás de mí.

—Lo has tirado queriendo, ¿verdad?

Escucho una risita en mi espalda.

—Verdad —confirma con diversión—. Pero tampoco parece importarte mucho.

—La verdad es que no.

Me doy la vuelta para encararle y dejar que me alcance.

—Ese de ahí arriba... ¿Es tu novio?

Me río ante tal ocurrencia.

—No, para nada. —aseguro—, solamente es un amigo.

—Así que puedo deducir que no tienes novio, ¿no?

A estas alturas ya hemos llegado al piso de Mili.

El policía, que me saca un par de cabezas, me mira desde arriba con curiosidad.

—No, no tengo novio. Me va muy bien estando soltera... —me río—. ¿Me vas a preparar otro trago? Creo que me lo debes.

Su sonrisa se ensancha aún más antes de asentir.

—Claro, aunque estás muy equivocada.

—¿En qué estoy equivocada? —grito por encima del volumen de la música.

De camino a la cocina nos cruzamos con Mili, que me lanza una mirada de reproche al verme aparecer con otro que no es Alberto.

—En eso de que estás muy bien soltera.

—Ah, ¿sí? —me río, coqueteando.

—Sí... Lo dices porque hasta ahora no me has conocido a mí.

Suelto una carcajada enorme y pienso “menudo flipado”, aunque su aire prepotente no me disgusta para nada. Me prepara un ron-cola con una rodajita de limón y nos apartamos a una esquina para hablar con más tranquilidad.

—¿Tú no bebes?

—Poco... Creo que, si no te importa, compartiremos el tuyo.

—No suelo compartir mi vaso con desconocidos —le pincho con picardía.

—Pues entonces mejor dejamos de ser unos desconocidos, ¿no? —me dice, quitándome el vaso de las manos para darle un trago—. Así podemos empezar a compartir las cosas...

—¿Las cosas? —me río, sin ser capaz de pillarle el rollo.

Por lo general, los tíos suelen ir más al grano con frases más directas y cerdas.

—La vida, por ejemplo.

Y cuando suelta esa, no sé si salir espantada o echarme a reír como si fuera la mejor broma que me han contado jamás.

—¿Te funciona? —le pregunto, procurando controlar mi ataque de risa.

—¿El qué?

—Esa táctica para ligar.

—No suelo ir por ahí diciéndoles a las mujeres que quiero compartir mi vida con ellas.

Lo dice con tanta seriedad que no sé muy bien qué pensar al respecto.

—¿Y a mí sí?

Él asiente, apoyando la espalda contra la pared con sensualidad.

¡Joder! ¡Está buenísimo!

—Tú eres diferente, por eso te lo digo.

—¿Y por qué soy diferente?

—Porque ya te conocía de antes.

Le repaso con la mirada, fijándome muy bien en él y procurando ubicarle en mi memoria. ¿De verdad conozco a este tío?

—Lo dudo —respondo con seguridad.

Estoy convencida prácticamente al cien por cien de que hasta esta noche no le había visto antes.

—Vaya, pues es una decepción, porque yo a ti sí te conozco...

—Ilumíname —le reto, convencida de que debe de ser un farol para continuar con ese aire misterioso.

—Todas las mañanas coges el metro de las siete y cinco en Vallecas y te bajas en Tribunal. Sueles llevar un café para llevar en vaso de cartón y te lo vas bebiendo a sorbitos hasta que llegas a tu parada... —explica—. ¿He acertado?

Pestañeo, incrédula, sopesando si por fin he dado con el maldito psicópata con el que tanto me lleva advirtiendo Mili.

—¿Me estás... siguiendo? —murmuro, casi asustada.

Él suelta una carcajada enorme y sacude la cabeza en señal de negación.

—No, coges el mismo metro que yo todos los días y te he reconocido. Al ver que me sonreías, pensé que tú también te habrías fijado en mí... Pero vaya, parece que mi sexapil no funciona tan bien como pensaba sin alcohol de por medio.

Suelto una risita para destensar la ansiedad que por un instante me había invadido y me relajo.

—No te decepciones —aseguro, mucho más tranquila tras la lógica de su explicación—. A esas horas de la mañana no reconocería ni a Brat Pitt aunque me lo pusieran delante.

Le doy un largo trago a mi cubata y dejo que el ron-cola me embriague con rapidez.

—Bueno, ahora que ya sabes mis intenciones... ¿Vas a decirme cómo te llamas?

—¿Tus intenciones? —me río—. ¿Cuáles son?

—Tu nombre primero.

Me reta con la mirada y me doy cuenta de que este juegucito es mucho más sensual que bailar con un sobón que está borracho.

—Puedes llamarme Bruja —me presento, levantándome el sombrero—. Ahora, te toca.

—¿Quieres saber mi nombre?

—No —me río, desquiciándole un poquito—. Quiero saber tus intenciones.

—Ya te lo he dicho. Conquistarte, casarme contigo, tener cinco hijos...

Vuelvo a soltar otra risotada mientras me pregunto nuevamente si este chico está bien de la cabeza.

—No soy de esas —aseguro—. Me van más las noches sin compromiso.

—Ya te lo he explicado... Eso es porque no me conocías a mí.

Me termino el cubata de un trago mientras me digo a mí misma que esta conversación se está poniendo un poco más seria de lo que suele gustarme. Una parte de mí quiere seguir jugando y ver hacia dónde puede derivar, pero otra más precavida me dice que salga corriendo.

—Bueno, creo que debería irme. ¿Te veo el lunes en el metro? —bromeo, guiñándole un ojo.

—Te propongo una cosa, Bruja —me dice el policía con una sonrisa traviesa, reteniéndome por el brazo como si fuera una delincuente que se intenta escapar—. Una cita... Si después de una cita no te enamoras de mí, desisto.

Me echo a reír de nuevo, esta vez tan fuertemente que me duele la tripa. Me doy cuenta de que Alberto está a un par de metros de nosotros y de que no nos quita los ojos de encima.

—¿Una cita? —repito, intentando recuperar el aliento.

—¿Tienes miedo?

Me muerdo el labio, pensativa.

Una cita tampoco puede ser para tanto, ¿no?

—Está bien. Acepto —termino por admitir, seguramente por los efectos del alcohol—. ¿Cuándo?

Él, complacido, libera mi brazo.

—Ahora.

—¿Ahora?

Estamos en una fiesta, borrachos... Sí, supongo que si tuviera que tener una cita, algo como esto sería lo ideal para mí. Eso de ir al cine y cogerse de la mano no es precisamente mi idea de romanticismo.

—Ahora. Vámonos —me dice, cogiéndome por la cintura y comenzando a caminar entre la gente.

¡Ay, madre, qué sí es un psicópata!

—¿A dónde nos vamos?

Pregunto, sin pasar por alto la mirada asesina que Alberto nos dedica cuando nos cruzamos con él.

—A tener nuestra cita, te aseguro que no te arrepentirás.

No sé cómo, pero terminamos en la calle, paseando muy cerquita mientras el cielo sigue amenazando con descargar una lluvia torrencial sobre nuestras cabezas.

—¿Me vas a decir a dónde estamos yendo?

Él sonríe con picardía, y en ese instante me doy cuenta de que este chico tiene algo que me trae loquita y de cabeza. No es solamente el jueguito que se trae entre manos, si no su actitud. Su forma de sonreír o de mirarme.

—Perdería la gracia, ¿no?

Lo pienso unos instantes.

—No, no perdería la gracia —aseguro—, serviría para acallar el pepito grillo de mi cabeza que me dice que eres un psicópata.

Él se echa a reír como un loco, divertido por mi ocurrencia.

—¿Tu subconsciente te dice que soy un psicópata?

—Algo así... ¿Lo eres?

Se detiene en mitad de la acera y me sujeta del brazo para que yo haga lo mismo. Nos miramos fijamente a los ojos y me doy cuenta de que ese azul tan intenso no puede ser real. ¿Y si es un alienígena que ha bajado a la Tierra para secuestrar el planeta?

—Mmm... ¿Un psicópata? Creo que ahora estoy cambiando de idea.

El poli de los ojazos acorta la distancia entre nuestros rostros y coloca una mano ligeramente en mi mejilla. Yo siento cómo un escalofrío me recorre de pies a cabeza y me preparo para el instante que está por llegar...

—Te aseguro que voy a hacerte de todo, menos daño.

Y lo dice con tanta convicción y sinceridad en los ojos, que no soy capaz de deducir si está hablando de sexo, de amor, de la vida o de qué narices. Me quedo callada porque no sé qué responder, porque nunca nadie se había molestado en tomarse tantas molestias en conquistarme. O quizás sí, no lo sé. Quizás el problema siempre resulto ser yo, que huyo antes de que las personas me puedan demostrar que realmente merecen la pena.

—Vamos, antes de que empiece a llover... —me insta, sujetándome la mano brevemente.

—¡Oh, no! —exclamo en un gritito—. He aceptado el rollo de la cita, pero no incluye ni paseos cogidos de la mano ni sesiones románticas y empalagosas de cine.

El poli se echa a reír de nuevo y yo le imito.

Joder, creo que no me había reído tanto en mi vida. Y tengo que admitir que me está gustando... mucho. Que alguien se moleste en conquistarme es muy halagador y algo totalmente nuevo para mí.

—Está bien, está bien... —admite, marcando una distancia de seguridad—. Veamos, cuéntame, Bruja... ¿En qué trabajas?

—En la floristería de mi madre —respondo con soltura, y me doy cuenta de que es la primera vez que le cuento a un ligue algo de mi vida personal—, no es nada del otro mundo, pero me gusta. ¿Y tú, poli sexy?

—¿Poli sexy? —repite, entornando los ojos—. Así que soy sexy, ¿eh?

Le propino un codazo juguetón.

—No te lo creas tanto... Creo que más bien es el disfraz.

—Te aseguro que lo que hay debajo del disfraz te gustará aún más.

Incapaz de no sonrojarme, le doy otro pequeño codazo y vuelvo a preguntarle en qué trabaja. ¡Ay, madre...! Esto cada vez se está poniendo más interesante.

—Soy programador.

—¿Y qué programas?

—Programo máquinas para que hagan piezas de coches —me explica, restándole importancia a su labor—, algo un poco más aburrido que el trabajo de un policía.

—Yo lo veo igual de interesante.

—¿Las máquinas o las piezas de los coches?

Suelto una risotada.

—Ambas cosas.

No sé a dónde estamos yendo, pero ya llevamos un buen rato paseando por la ciudad. Él no parece dispuesto a soltar prenda y yo he decidido relajarme y dejarme guiar. Tengo batería en el móvil y por ahora, no hemos pasado por ninguna zona sin cobertura —sí, podrían contratarme para un guion de Hollywood—, así que no hay peligro.

—¿Montaña o playa? —inquire.

—Montaña.

—Muy bien. Por ahora, llevamos una compatibilidad del cien por cien —me dice muy serio, aunque yo doy por hecho de que continúa bromeando—. ¿Perros o gatos?

—Perros.

—Perfecto. Y... ¿Amanecer o anochecer?

—Anochecer —respondo sin dudar.

Siempre he pensado que soy un animal de sombras.

—En esa última discrepamos, pero supongo que cuando tengamos un bebé llorón que nos demande por las noches cambiarás de idea.

Cuando escupe eso último, estoy a punto de atragantarme con mi propia saliva. Después, me

veo inmersa en un fuerte ataque de risa que casi me deja sin respiración.

—¿Y cuándo llegará el bebé llorón? —consigo preguntar cuando recupero el aliento, dispuesta a seguir con la bromita.

—Te estoy esperando a ti —me cuenta, guiñándome un ojo—. Yo supe que serías la madre de mis hijos desde la primera vez que te vi.

Y nuevamente, vuelvo a dudar si bromea o habla en serio. Una vez escuché que todas las bromas siempre tienen un buen porcentaje de sinceridad, así que me pregunto sí en este caso, se cumplirá esa regla.

—¿Tienes hambre? —me dice, señalando una tiendita de “Papizza”.

—¿Cita romántica con cena incluida? ¡Por supuesto! —me río, entrando dentro.

Unos minutos después, cuando salimos con nuestras porciones de pizza en las manos —casualidad, el poli sexy se ha decantado por la misma que yo. ¿Se estará empeñando en demostrar lo compatibles que somos o habrá sido casualidad?— empieza a llover. Era de esperar, pero aún así nos pilla por sorpresa y tenemos que resguardarnos en el saliente del edificio más cercano.

—¿Me vas a decir a dónde diablos me estás llevando? —inquiero, nerviosa.

Cada vez llueve con más fuerza y, aunque el paseo ha sido muy agradable, los efectos del alcohol van menguando y empiezo a tener frío con mi traje de bruja gótica.

El poli saca unas llaves y las agita señalando la puerta de un portal.

—¿Te apetece subir a mi casa? —propone con una sonrisa juguetona.

“Muy bien”, pienso, “por fin llegamos a mi parte favorita de las citas”.

—¿Vino? —pregunta pegando un buen grito desde la cocina.

—¡Sí, por favor!

Mientras prepara las copas, yo aprovecho para inspeccionar su casa. Por lo general, cuando llego a casa de un ligue suelo estar tan borracha que no pierdo el tiempo en detalles, pero esta vez es diferente. Los efectos del ron-cola y del tequila han menguado gracias al frío de la noche, al paseo y a la pizza. Además, el guaperas de los ojazos parece tomarse las cosas con mucha calma... Cosa que, según acabo de descubrir, no me termina de disgustar. Es más, me parece que el juegucito que se trae tiene mucho morbo.

Repaso los títulos de su librería, deslizando mis dedos por los lomos de los libros. Hay muchísimos. Yo no soy de lecturas, pero he de admitir que cuando cojo un libro soy de la que no lo suelta hasta terminarlo.

—¿Te gusta leer? —inquire al entrar al salón y pillarme con las manos en la masa.

—Algo.

El poli, al que empiezo a querer ponerle otro nombre para poder dirigirme a él, deja las copas y la botella de vino abierta sobre la mesita auxiliar que hay frente al sofá y se acerca a mí.

—¿Qué tipo de novela te gusta?

Medito la respuesta unos instantes, pero al final me encojo de hombros sin saber qué decir. No hay un género en particular que me guste más que otro, porque a decir verdad los libros que leo son porque me los han recomendado. Y por ahora, todas las recomendaciones han sido acertadas.

—Este te pega —me dice, sacando uno de contraportada roja cuyo autor no conozco.

Lo abre por la primera página, garabatea algo en él y después me lo entrega.

—Ya me contarás si te gusta.

—¿Es una excusa para tener que volver a vernos?

Él se ríe tontamente.

—No, es un regalo. No necesito que me lo devuelvas.

Mientras llena las copas, yo abro el libro y leo lo que ha escrito en su interior: “Para mi futura esposa, espero que disfrutes de la lectura”.

—Vale... Empiezo a pensar qué quizás debería llamar a la policía —bromeo mientras guardo el libro en mi bolso.

Don ojazos se apresura a sacar la placa con gesto muy serio.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Yo, muerta de risa, me dejo caer en el sofá, junto a él.

Nuestras manos se rozan suavemente y vuelvo a sentir ese extraño escalofrío paseándose por mi columna vertebral mientras me pregunta si me apetece ver una película. Miro el reloj de mi muñeca: son las tres y media de la mañana.

—¿Tienes prisa?

Me muerdo el labio, pensativa

—Película, botella de vino... La verdad es que creía que la invitación a subir a tu piso implicaba otro tipo de... cosas —admito finalmente.

—El problema es que solamente tengo una cita para enamorar, ¿no? Ese era el trato —señala—. Así que tendré que aprovechar todas mis cartas antes de que se agoten.

Me lo pienso unos segundos.

A decir verdad, no tengo ni pizca de sueño porque mi horario está bastante alterado. Últimamente parezco un vampiro que duerme por el día en su ataúd para poder salir a cazar sus presas por las noches. La diferencia es que esta noche, parece que la cazada he resultado siendo yo.

—Ponla... Pero nada de pelis empalagosas, ¿eh?

Don ojazos se levanta, rebusca entre varios DVD's y finalmente me muestra uno en alto.

—¿Psicosis? —pregunto, riéndome a carcajadas.

—Es perfecta. Cero romanticismos y mucha tensión, para que tengas que agarrarme bien fuerte de la mano.

—Si quieres que te agarre bien fuerte, solamente tienes que pedirlo —le digo, guiñándole un ojo de forma tontorróna.

—No me provoques, Bruja mala... —responde él, justo antes de darle al botón de "play".

La película comienza y la botella de vino va bajando poco a poco.

Aunque al principio nos esforzamos por prestarle atención, poco a poco va perdiendo el interés y volvemos a centrarnos en nosotros y en nuestras conversaciones absurdas. No sé si este plan de cita suele ser habitual, pero sospecho que él hace que todo sea muy diferente. Me gusta. Me gusta mucho. Y eso me sorprende y me asusta por partes iguales, porque no estoy acostumbrada a encontrarme con personas... así.

—¿Qué música te gusta?

No necesito pensarlo mucho, porque a decir verdad, escucho de todo.

—El pop actual. Cualquier cosa que suene en la radio está bien.

El policía frunce el ceño y me escruta de hito a hito.

—¿Qué pasa?

—Vaya respuesta tan mala, ¿no?

Suelto una risita coqueta.

—Al menos no he dicho reggaetón —bromeo yo también.

—¡Menos mal! Si llegas a responder eso, nuestra compatibilidad hubiera descendido de golpe al menos treinta.

—Vaya... Hubiera sido una lástima.

—Una lástima de verdad, sí, pero como ha sido una respuesta medianamente aceptable, continuamos con temas más importantes —me dice, quitándose las esposas del cinturón y dejándolas sobre la mesa.

—Uy... —ronroneo con tono juguetón—, ¿qué quiere saber, agente?

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos niños vas a querer que tengamos?

Vuelvo a soltar una risotada. No se rinde y estas preguntitas empiezan a hacerme mucha gracia.

—Siempre he pensado que querría dos —respondo, procurando tomármelo con la misma seriedad que él—. Ya sabes, la parejita...

—Bien, buena respuesta. Yo fui hijo único y me aburrí muchísimo en mi infancia.

—Yo también fui hija única... Y también me quedé con la espinita de otra hermana.

—¿Otra chica?

Suelto una risita.

—Me hubiera gustado que alguien me pintase las uñas —admito—, la mano izquierda siempre me quedaba desastrosa.

—¡Vaya! Visto así...

—¿Nombres? —pregunto yo, envalentonándome.

—De chico me gusta Javier y de niña, Natalia.

—¡Oh, no! —exclamo entre risas—. ¡Eres de esos!

—¿De cuáles? —se ríe.

—Un clasista —respondo, meándome de risa.

—A ver, listilla... ¿Qué nombres les pondrías tú?

—De niño me gusta Leo —respondo, tomando un largo sorbo de mi copa de vino—, y de niña me gusta Arlene.

—Creo que el tema de los nombres lo tendremos que negociar con una segunda botella de vino en otra ocasión —responde con mala cara.

—Pensé que serías un esposo complaciente —respondo, y al hacerlo me doy cuenta de que ya he caído de lleno en el juego y en sus redes.

—Tienes razón, no sé por qué me hago el durito —dice, guiñándome un ojo—, te dejaré llamarles como te dé la gana.

Nos quedamos mirándonos con una sonrisa tonta en los labios y me doy cuenta de que, de nuevo, ha llegado el momento. Su rostro vuelve a acercarse al mío y su mano se posa sobre mi

nuca para atraerme a él. Creo que, jamás en mi vida, había sido tan consciente de que alguien va a besarme. Ni siquiera cuando me dieron mi primer beso. Sus labios húmedos y carnosos se posan sobre los míos y yo me hago de rogar antes de abrirle paso y dejarle entrar a mi interior. Nuestras lenguas se entrelazan delicadamente, muy suavemente y con mucha lentitud. Es un beso lento, pero intenso. De esos que una chica no suele olvidar muy fácilmente. Nos separamos unos instantes e imagino que, llegados a este punto, entraremos en el momento de frenesí y comenzaremos a arrancarnos la ropa a tirones, pero no. Don ojazos me mira muy fijamente e inspecciona mi rostro con seriedad, como si estuviera contemplando una verdadera obra de arte. Como si yo fuera lo más bonito que hubiera visto jamás. Y lo peor de todo, es que tengo miedo. Mucho miedo. Porque nadie me había mirado así y porque esta situación tan extraña se escapa totalmente a mi control.

—Llevo cinco años cogiendo el mismo metro a la misma hora de siempre —me explica con un susurro—, y de esos cinco, los dos últimos han tenido un pequeño incentivo diario.

Me quedo muda cuando lo dice, porque sí, efectivamente, hace dos años que me trasladé a mi piso nuevo y que comencé a coger el metro ahí.

—Te he visto llevar flequillo —me dice, contemplándome con fascinación—, el pelo rojo, trenzas y subirte con cara de dormida, sin maquillar.

Creo que debería asustarme, pero en lugar de hacerlo me siento... bien.

—¿Llevas dos años espiándome?

—Llevo dos años mirándote y pensando que eras demasiado guapa para mí —se ríe.

“Vale, Lu, piénsate las cosas”, me dice la vocecita de mi cabeza.

Si me quedo, esto no será una noche de sexo y un “adiós y si nos hemos visto no me acuerdo”. No. Esto pinta serio, así que...

—Creo que lo mejor será que me vaya...

El poli sonrío con tristeza y señala la puerta.

—No voy a retenerte, pero quiero que te quedes.

—Ya, pero... —murmuro, nerviosa, mirando mi reloj de muñeca—, es bastante tarde y...

Su mano se posa sobre el reloj y sus ojos se clavan en mí.

—Hace un segundo me has dicho que no tenías prisa, así que... ¿Por qué no te dejas llevar y ya está?

Y aunque mi mente tiene preparada una respuesta muy diferente, me doy cuenta de que mi cuerpo reacciona y responde sin mi consentimiento.

—Vale... me quedo.

Estoy nerviosa.

Y eso es preocupante porque no estaba nerviosa ni el día que perdí mi virginidad. Pero es que hoy todo es tan diferente y extraño que no sé muy bien cómo debo comportarme. Ni siquiera entiendo por qué he permitido que esta maldita cita se alargue hasta este punto.

Don ojazos se levanta para llevar las copas de vino y la botella a la cocina y me pide que le espere en su habitación. Lo dice señalando una puerta que da al salón en el que estoy, así que asiento y me levanto del sofá para dirigirme hacia allí. Al hacerlo, vuelvo a cruzar el mueble de la librería y me percató del hueco vacío que ha dejado el libro que tengo en el bolso. Y aún más, me fijo por primera vez en la fotografía enmarcada que hay en el estante de abajo. Es él con una chica rubia, abrazados con la torre Eiffel de fondo. Cojo el marco con mis manos para poder ver la instantánea más de cerca. Ella guapísima, y él también. Mi mente les busca un rápido parecido y pienso que deben de ser familia.

—Ey... ¿Sigues aquí? —me pregunta con una sonrisa.

Me giro aún con el marco en la mano y le devuelvo el gesto.

—¿Quién es? Y no me digas que es tu hermana, porque ya me has dicho que has sido hijo único —bromeo.

Él se acerca por mi espalda y rodea mi cuerpo con sus brazos. Un gesto íntimo y de complicidad; uno de esos gestos que jamás he tenido con mis ligues habituales.

—¿Estás celosa? —se ríe.

—No lo sé... —bromeo yo—. ¿Debería?

Don ojazos me planta un beso en el cuello y, al hacerlo, sonrío. Puedo notar su sonrisa, aunque no la vea.

—Creo que, al final, tendrás que darme la razón —me advierte, quitándome el marco para dejarlo en la estantería y encararme—. Creo que empiezas a enamorarte de mí...

Y aunque lo dice con cachondeo, a mí me da un vuelco en el estómago solamente al pensar que, quizás, tenga un poquito de razón con esa afirmación.

—Puede... Pero, ¿quién es?

—Es mi mejor amiga —explica—, casi como una hermana para mí.

Estamos abrazados junto a la librería, mirándonos fijamente. La diferencia es que esta vez soy yo la que se pone de puntillas para presionar sus labios contra los suyos. El beso vuelve a ser lento, húmedo y pausado, aunque en esta ocasión contiene muchísima más carga sexual que el

anterior. Me doy cuenta de que estoy húmeda y dispuesta con ese pequeño gesto y no puedo evitar sonrojarme, un poco avergonzada de mí misma, aunque él no se esté percatando. Caminamos sin dejar de besarnos hasta que mi espalda choca con la puerta de su habitación y nos reímos como tontos sin despegar las manos de nuestros cuerpos, que aún siguen cubiertos de ropa. Él abre a ciegas, y pasamos al interior. Enciende con el interruptor que hay junto a la puerta una luz tenue para dar ambiente y nos separamos ligeramente. Él sonrío, yo repaso rápidamente lo que me rodea. Es una habitación sencilla, masculina y minimalista. Dos mesillas, una cama grande con una colcha de color neutral y paredes claritas, de un beige arenoso. No hay detalles, ni fotografías, ni objetos personales.

—No te imaginas cuántas veces he soñado con tenerte en esta cama... —susurra con los ojos clavados en mí.

“Muy bien”, me digo a mí misma, “cálmate, este es tu terreno”. Pero estoy hecha un flan. Para relajarme, decido que lo mejor será coger las riendas de la situación y tomar el control. Empujo a don ojazos hacia la cama, dispuesta a empezar con mi numerito de siempre y dedicarle un sexy estriptis, pero él me retiene sujetándome por la cintura y negando muy lentamente con la cabeza.

—Déjame a mí —me pide.

Y nuevamente, vuelvo a sentirme desarmada y fuera de lugar. El poli sexy comienza desabrochándose el pantalón lentamente y bajándomelo con delicadeza. Sus movimientos son tan lentos y comedidos que no puedo evitar ponerme nerviosa. Decido ir soltándome poco a poco y, por primera vez en mucho tiempo, me dejo llevar por él. Cuando termina con mi pantalón, me quita la camiseta. Él todavía está vestido, así que me apresuro a igualar la situación ayudándole a quitarse cada prenda. ¡Y Dios! Tenía razón... Lo que hay debajo del disfraz me gusta mucho, muchísimo.

—Ven... —me dice, dándome la vuelta y dejándome de espaldas a él.

Sus manos recorren mi vientre, jugueteando con mi piel mientras siento su boca en mi espalda. ¿Me está desabrochando el sujetador con los dientes? Pienso, casi con total seguridad, que será imposible que consiga lograrlo. Pero nuevamente, vuelvo a estar equivocada. Mis pechos se liberan y el poli sexy asciende sus manos hasta ellos para entretenerse, mientras su lengua continúa paseándose por mi espalda con besos intermitentes. Jadeo de placer cuando una de sus manos deja de jugar con mis pezones y se dirige a mi tanga. Yo, que suelo estar acostumbrada a marcar los ritmos, aquí estoy, de espaldas a él, dejándole tocar mi cuerpo sin yo poder acariciar el suyo. Siento sus dedos en mi pubis, descendiendo con lentitud hasta mi clítoris. Con la otra mano, continúa acariciando y tirando de mi pezón; ¿y qué os puedo decir? Que a estas alturas ya muero de placer. Gimo, jadeo e intento controlarme, pero no puedo. Cada movimiento me hace enloquecer. Intento darme la vuelta, pero me retiene como estoy. Su boca en mi cuello, una mano

en mis pechos y la otra, en mi interior. Sus dedos entran y salen de mí, y yo, húmeda y dispuesta, me pregunto de dónde diablos habrá salido este policía de película.

Al final, termino apartándome con brusquedad porque presiento cómo el orgasmo está a punto de alcanzarme. Y no quiero; no aún. Antes hay que igualar la situación.

—¿Sabes que eres la bruja más sexy que he visto jamás? —jadea en mi oído, mientras yo me coloco a horcajadas sobre él y voy descendiendo muy poco a poco.

Rodeo con mis piernas su cintura y comienzo a mecarme con suavidad, como sé que le gusta. Sus ojos se posan en mí y tengo la sensación de que, mientras hacemos el amor, está analizando cada uno de mis gestos. Es... increíble, porque tengo la impresión de que de este modo cada sensación se amplifica por mil. Siento su placer y su humedad mezclándose con la mía mientras sus manos aprietan mis caderas para guiar mis movimientos, aunque no hace ninguna falta. Su boca se posa sobre la mía y me besa con pasión y ansia. Después desciende a mi clavícula y, al final, termina atrapando uno de mis pezones. Me muerde, me lame y me succiona, y yo mientras cierro los ojos y me guío por un instinto animal que nunca antes había experimentado hasta hoy. Le escucho murmurar que soy una diosa, que le encanto, que le vuelvo loco. Y no dudo que esté diciendo la verdad, pero la voz con la que lo dice casi parece un desvarío. Como si el placer que sintiera fuera demasiado intenso y le nublase la razón.

—Tienes que parar un poco porque... —gime, y presiento que está a punto de explotar.

Quiero detenerme, porque me apetece que este instante sea eterno y se alargue toda la madrugada. Pero no puedo porque las sacudidas de placer son tan intensas que se apoderan de mí. El poli se da cuenta, así que hace fuerza y, sujetándome, me vuelca sobre la cama haciéndome rodar hasta quedar sobre mí. Se ríe y yo le devuelvo la sonrisa mientras nuestros cuerpos sudados y resbaladizos vuelven a adaptarse a la nueva postura. Ahora es él quien toma el control y, como no, vuelve a tomarse su tiempo. Mientras me hace el amor, despacio, me come con la mirada. Y no sé qué me gusta más, si sentir su miembro duro entrando y saliendo de mi interior o esa sensación de que en cualquier instante sus ojos me traspasarán el alma. No sé qué tiene, pero es capaz de transmitirlo todo. Y me encanta... ¡Dios, me gusta demasiado!

Todo a mi alrededor da vueltas mientras sus manos me acarician y continúa entrando y saliendo de mi interior. Puedo sentir cómo se va emocionando y cómo el ritmo de las embestidas cada vez es más rápido. Más fuerte. Más salvaje y animal. Más primitivo. Y yo, que siento cómo en cualquier momento estallaré de placer, me derrito entre las sábanas de su cama mientras me impregno en su olor.

—No puedes gustarme más... —gime, mordiéndose el labio inferior para no gritar.

Le atraigo hacia mí, acortando distancia, y le beso. Le beso con rabia, con ansia y con pasión. Le muerdo el labio, y mientras ambos jadeamos y las sacudidas continúan, el beso se intensifica y nuestras lenguas bailan juntas, explorando lugares ajenos que saben que no olvidarán. Y entonces,

exploto. Me agarro con fuerza a sus hombros y le beso con tanta fuerza que un amargo sabor a sangre se filtra entre mi saliva, pero él no se queja. Aunque yo he terminado, él se permite un segundo más para embestirme con dureza, casi como si me fuera a partir por la mitad, antes de explotar y dejarse caer sobre mí.

Nos permitimos unos segundos para recuperar el aliento y que nuestras pulsaciones puedan volver a amoldarse a un ritmo normal. Don ojazos desliza un brazo sobre mi cuerpo y se acurruca junto a mí, y aunque ese gesto tan íntimo me hubiera hecho sentir incómoda en cualquier otra ocasión, esta vez siento algo muy diferente. Me siento... segura. A salvo. Como si entre sus brazos pudiera ser yo misma y como si, pasase lo que pasase entre nosotros, no me fuera a juzgar.

—¿Cómo va el asunto? —me pregunta cuando consigue volver a recuperar el habla.

—¿Qué asunto?

—Lo de que te enamores de mí —se ríe, contagiándome su buen humor.

Me acurruco con más fuerza contra él y cierro los ojos, sintiéndome como en casa.

—No va mal... —admito, aunque sé que diciéndolo en voz alta estoy derribando todos los escudos que durante tanto tiempo he esforzado en alzar bien alto para protegerme.

—Me conformaré con eso...

Mi poli guaperas estira el brazo y apaga la luz desde un interruptor conmutado que hay junto a la mesilla, de forma que nos quedamos a oscuras. Ha presupuesto que me voy a quedar a dormir, pero nuevamente, tampoco me incomoda. En realidad, no tenía pensado marcharme a ninguna parte tan pronto.

Él tira de la sábana para tapar nuestros cuerpos, aún sudorosos, y me estrecha con fuerza entre sus brazos. La cama huele a él. Y a mí. Y a sexo.

—Quiero que sepas una cosa —ronronea en la oscuridad.

—¿Mmm?

Para estas alturas ya estoy casi dormida, pero aún así hago un esfuerzo por no perder la consciencia y escucharle.

—Quiero que sepas que, si estás aquí cuando me despierte, para mí esto ya será un sueño hecho realidad...

Y sonrío.

Puede que me esté transformando en una niña cursi y ñoña, pero sonrío. Sonrío porque me gusta pensar que soy su sueño hecho realidad.

Abro los ojos convencida de que será de día, pero la habitación está sumida en una plena oscuridad y supongo que aún es demasiado pronto para que haya amanecido. Contra mí, siento el cuerpo caliente del poli, justo detrás de mi espalda. Tiene un brazo estirado sobre mi vientre y puedo sentir su respiración golpeándome el cuello.

“Aún es pronto para despertarme”, me digo. Y cierro los ojos para permitirme seguir durmiendo un ratito más.

Cuando vuelvo a despertarme, lo hago por el ruido de las persianas subiéndose. Él se ha despertado antes que yo y está de pie, vestido únicamente con un bóxer mientras abre la ventana. Me dedica una sonrisa y yo se la devuelvo mientras observo que, tras el cristal, está lloviendo a mares.

—¿Qué tal ha dormido la bruja más bella? —bromea, acercándose a mí para dejarse caer en la cama.

Rodeo su cuello con mis brazos para atraerle y le beso en los labios a modo de buenos días. Sabe a pasta de dientes y a limpio, lo que me hace sentirme sucia y desaliñada. ¿Cuánto tiempo lleva despierto? O, mejor dicho, ¿cuánto llevo yo dormida?

—¿Qué hora es? —inquiero, sintiéndome un poco desorientada.

—Son las tres.

—¿De la tarde?

Él se ríe, haciendo chispear esos ojos azules tan intensos. ¡Joder! ¿Cómo es posible que hoy esté mucho más guapo que ayer? Por lo general, los hombres suelen parecer más atractivos cuando llevo un par de chupitos de tequila encima. Pero supongo que el poli es la excepción a todo.

—Sí, de la tarde.

Estoy a punto de decirle que debería marcharme a mí casa y que la velada se me ha ido un poco de las manos, pero entonces me aprieta contra su cuerpo y aspira mi aroma, haciéndome sentir tan bien que soy incapaz de decirlo en voz alta.

—Me dejas... ¿algo de ropa?

Aún estoy desnuda, completamente desnuda.

Se ríe, se levanta del colchón y saca una camiseta blanca de una cómoda que hay enfrente. Me la lanza y yo me apresuro a deslizarla por encima de mi cabeza.

—¿Y el baño?

Señala la puerta más cercana a la cama y sonrío.

—Voy a ir trayendo el desayuno.

—¿Has hecho el desayuno?

—Soy un chico muy completo —se ríe—, pero ya lo descubrirás.

Me encierro en el baño con un millar de cosquillitas recorriéndome el estómago. Me siento... extraña. Como si no fuera la Lucía real, la misma de siempre. Me lavo la cara, me cepillo los dientes con su pasta y mi dedo índice a modo de cepillo, me peino mi ondulado y castaño cabello en una trenza de lado y suspiro hondo, relajándome. Hago pis. Y me paseo de un lado al otro del lavabo mientras me pregunto qué diablos estoy haciendo. ¿Por qué no cojo mis cosas, como cada domingo de resaca, y salgo corriendo? ¿Por qué no desaparezco con alguna excusa absurda y le digo que yo no soy de esas chicas que tienen una segunda cita? Pues... porque me gusta. Me gusta mucho. Y algo me grita en mi interior que podría acostumbrarme a esto.

—Espero que no te hayas desintegrado, bruja —bromea desde el otro lado de la puerta.

Me río como una niña estúpida y me siento como si formara parte de una de esas comedias románticas en las que las chicas suelen parecerme absurdas, infantiles, idiotas y demasiado confiadas. Pero estoy dispuesta a dejarme a llevar y a permitirme disfrutar por una vez. No sé, quién sabe, quizás, después de haber dado tantos tumbos por el mundo, he terminado encontrando al hombre de mi vida, ¿no?

Cuando abro la puerta, me encuentro con las ventanas abiertas y un frío helador colándose en la habitación. Mi poli particular me está esperando en la cama con una bandeja preparada con el desayuno.

—¿Vamos a desayunar en la cama?

Él asiente.

—¿Con la ventana abierta?

—¿No te parece romántico desayunar tapaditos mientras escuchamos el sonido de la lluvia?

Suelto una carcajada descomunal.

—No sé quién es la mujer en esta cita, si tú o yo... —bromeo, deslizándome debajo de las sábanas y apretándome contra su cuerpo.

—Así que esto sigue siendo una cita, ¿eh? —me dice, justo antes de untarme los labios en nata.

—Eso parece...

Y le beso. Su lengua se desliza por mis labios, llevándose la nata al interior de su boca. Después el beso se alarga un poco más, y poco a poco siento cómo el calentón empieza nuevamente a apoderarse de nosotros.

—¿Qué hay para desayunar, míster chef? Tengo más hambre que un león —murmuro, rompiendo el momento para que no se nos vuelva a ir de las manos.

Él me señala la bandeja; dos cafés, tostadas con mermelada y una brocheta de plátano y fresas

con dos boles, uno relleno de nata y otro de chocolate. Me decanto por el chocolate y la fruta y comienzo a devorar sin vergüenza, porque supongo que después de ver psicosis, comer pizza en la calle y acostarnos, lo de andarme con paripés ya no es necesario. Me doy cuenta, unos minutos después, de que mientras yo desayuno él se bebe el café a sorbos y me mira embobado.

—¿Qué pasa? —pregunto, riéndome.

—Creo que ya va siendo hora de que me digas tu nombre, ¿no?

—No, no... —le digo, sacudiendo la cabeza con diversión—. Cuando termine la cita y nos despidamos, si es que te lo has ganado, lo sabrás.

—¿Y tu número de teléfono?

Suelto una risotada.

—Eso será todavía más difícil de conseguir.

Don ojazos se muerde el labio de forma juguetona y se acerca a mí.

—¿Y qué hay que hacer para conseguirlo? —ronronea con voz sexy, abalanzándose sobre mi boca.

Me roba un pedazo de plátano que estaba a punto de comerme y retira la bandeja a un lado. Yo me río a pleno pulmón mientras sus labios me hacen cosquillas en el cuello y sus manos traviesas se infiltran debajo de mi camiseta.

—¿Qué haces? ¡Para! —grito, divertida.

—Desayunarte... —responde con voz hambrienta, justo antes de levantarme la camiseta.

Le veo coger el bol de chocolate y me temo lo que está a punto de hacer, pero no consigo detenerle a tiempo. Cuando quiero darme cuenta, mi vientre, mis pechos y mi línea del bikini están cubiertas de chocolate caliente.

—¡No, no, para! —exclamo, intentando apartarlo, divertida, mientras su lengua se pasea por mi vientre y se pierde en mi ombligo.

—Creo que me apetece... más nata —señala, cogiendo el bol y tirando el contenido sobre mí.

Yo, muerta de risa, me revuelvo entre sus manos mientras nos pringamos enteros. Me quita la camiseta, que a esas alturas ya está totalmente sucia y ha dejado de ser blanca, y pasea su lengua por todas partes entre risitas nerviosas.

—¡Qué asco! —me río.

—Estás riquísima —ronronea, descendiendo en dirección a mi monte de venus.

Y de pronto, el juego empieza a tomar una connotación sexual muy peligrosa y algo me dice que se ha terminado la hora del desayuno. O al menos, la hora de mi desayuno. Puedo sentir cómo un hilo de chocolate caliente desciende lentamente hacia mi sexo, pero don ojazos se apresura a lamerlo antes de que llegue demasiado abajo. Después, separa mis piernas, se tumba sobre mí y coloca la cabeza ahí. Puedo sentir que estoy pringada de nata cuando separa mis labios vaginales y comienza a lamerme de arriba abajo hasta detenerse en mi clítoris. Siento cómo lo atrapa con

los dientes y tira suavemente de él antes de soltarlo y lamerlo, succionarlo y disfrutarlo. Yo veo las estrellas. Nunca me ha gustado demasiado el sexo oral —al menos no el que otros hombres me practican a mí—, pero he de admitir que este chico sabe muy bien lo que está haciendo. Gimo, jadeo... Y soy incapaz de concentrarme en algo. Noto que separa la cabeza levemente de mí y yo, que muero literalmente de placer, aprieto su pelo y vuelvo a guiarle para que no se detenga. Me encanta. Es increíble lo mucho que me está haciendo disfrutar... Continúa lamiéndome, besándome, succionándome, mientras uno de sus dedos entra y sale muy lentamente de mi interior. Yo noto cómo me tiemblan las piernas y el cuerpo entero y siento cómo comienzo a perder la cabeza. Necesito concentrarme para que el orgasmo no me llegue tan rápido, porque a decir verdad me apetece disfrutar con él antes de correrme por primera vez.

—Oh... ¡Dios!

Pero es imposible.

Creo que no había disfrutado de tanto placer en mi vida. Supongo que el hecho de no estar borracha es un punto a favor. Entra y sale, chupa, lame, succiona... Yo levanto las piernas y las coloco sobre su espalda para permitirle más accesibilidad, y él, que se aparta durante un segundo de mí, me dedica una sonrisa de infarto que termina de acabar conmigo. Y entonces, presiento que ya no puedo hacer nada para frenarlo. Un millar de cosquillas ascienden por mis piernas mezclándose con el hormigueo de mi vientre. Sé que voy a explotar de placer y que no puedo hacer nada para detenerlo... Él atrapa mi clitoris, tira de él, entra y sale de mi interior con más fuerza, llenándome a un ritmo frenético... Y exploto. El orgasmo me atraviesa por la mitad como un rayo y me revuelvo entre sacudidas mientras él, complacido consigo mismo, sonríe con picardía y asciende hasta mi boca para besarme. Sabe a mí, pero no me importa. Suspiro hondo relajándome y recuperando la compostura mientras sus dedos se pasean por mi cuerpo, pringándose de chocolate y nata.

—Estoy hecha un asco —me río tontamente, rodeándole el cuello con mis brazos y atrayéndole hacia mí para besarle con mayor profundidad.

Al hacerlo, mi muslo se roza con su entrepierna y compruebo que hay un bulto duro esperándome para entrar en acción. Me río con complicidad y él hace lo mismo.

—Houston, creo que tenemos un problemilla ahí abajo... —bromeo, deslizando mi mano por su calzoncillo, justo por encima del bulto.

Este chico parece insaciable, y me encanta.

Estoy descubriendo que quizás el romanticismo no sea tan empalagoso ni difícil de sobrellevar si va cargado de sexo y más sexo. Creo que podría despertarme todos los días escuchándole decir que soy la mujer de su vida si después se coloca entre mis piernas y vuelve a repetir lo que acaba de hacer.

Le quito los calzoncillos, bajándoselos torpemente hasta que él termina de sacárselos. Sus

brazos rodean mi cuerpo y nuestras bocas están demasiado entretenidas reconociéndose, así que aprovecho mi mano libre para sujetar su miembro y comenzar a masajearlo por la base, muy lentamente. Mientras me besa, gime de placer. Puedo sentir que ahí abajo estaba a punto de estallar y que mis movimientos le están resultando un alivio. Sus manos se dirigen directos a mis pechos y comienzan a masajearlos mientras poco a poco vuelvo a ponerme a tono. La verdad es que es imposible resistirse con este portento de hombre frente a mí, así que unos segundos más tarde, sin dejar de besarnos, con su miembro húmedo en mi mano, yo ya empiezo a estar preparada para el segundo asalto —y si se lo propone, quizás le acepte hasta un tercero...—.

—Joder... Eres... Perfecta —masculla, incapaz de controlarse.

Puedo ver el placer en la expresión de su rostro, y me encanta. Este chico me encanta de arriba abajo, no solamente porque es guapísimo y está para comérselo —¡qué también!—, si no lo diferente que es al resto de los hombres con los que me había encontrado a lo largo de mi vida. Tiene algo que lo hace... único.

—Date la vuelta... —murmura, tirando de mí para colocarme de lado.

Yo me dejo hacer, dispuesta a complacerle como más le guste. Creo que después de la escenita que me ha preparado, se lo merece. Me tumbo lateralmente, tal y como me ha pedido, y siento cómo su cuerpo se encaja en el mío. Guía su miembro a mi interior y poco a poco se hunde por completo. Yo sigo húmeda y resbaladiza, así que no le supone ningún problema penetrarme. Comienza a moverse, entrando y saliendo lentamente mientras siento su respiración agitada en mi nuca. Tiene una mano colocada en mi cadera y otra mano en mi pecho izquierdo. Siento cómo toquetea mi pezón, tirando de él mientras me hace el amor... Y yo, nuevamente, no tardo en volverme loca de placer.

—Abre un poco las piernas y tócate —me susurra en la oreja.

Cuando me lo pide, me quedo a cuadros.

Nunca me he masturbado delante de ningún hombre y no esperaba ese tipo de petición por su parte, así que me quedo un poco paralizada.

—Venga, hazlo para mí... Por favor —jadea, entrando y saliendo cada vez más rápido y con más intensidad.

Me pellizca el pezón con más fuerza, provocándome, y decido complacerle. Estoy tan excitada y dispuesta que, a pesar de la vergüenza, comienzo a masajearme y cierro los ojos para disfrutar del placer. Él se excita aún más al ver lo que estoy haciendo, puedo sentirlo en la forma que sujeta mi cadera y me penetra por detrás, en su respiración intensa, en sus jadeos... Me toco, me acaricio, más y más rápido mientras los movimientos se vuelven más intensos y salvajes. Grito de placer, aunque ni siquiera soy consciente de lo que estoy diciendo. Solamente... jadeo, gimo, grito... Porque es demasiado, demasiado intenso, demasiado sensual y demasiado excitante. Porque nunca nadie me había hecho sentir tantísimo placer y porque todo, absolutamente todo lo

que hay a mi alrededor desaparece y de pronto solamente existimos el poli y yo, la cama y nuestros cuerpos sucios y sudorosos. Al final, exploto. Y cuando mis músculos se contraen con tanta fuerza, succionándole hacia mi interior, él también explota. Puedo sentir cómo me llena por completo.

—Me encantas —susurra en voz baja en mi oído—, te juro que me encantas.

Y sé que dice la verdad, porque él también me encanta a mí.

Aún conectados y en la misma postura, me abraza por fuerza y desliza la sábana sobre nosotros para que no nos quedemos fríos. Nos quedamos en silencio, aunque él se dedica a besarme la espalda y la nuca con delicadeza y cariño. Mientras tanto, en el exterior, la lluvia continúa cayendo con fuerza. El frío se cuela a través de la ventana abierta, aunque aquí, junto a él, continúa haciendo calor.

Nos hemos vuelto a quedar dormidos, pero tal y como me dice don ojazos, es domingo y los domingos son para descansar. Y tiene razón.

Algo me dice en mi interior que podría acostumbrarme a tener estos domingos para la eternidad. Así, abrazada a él, haciendo el amor y sin moverme de la cama. Creo que se convertiría con rapidez en mi día favorito de la semana.

—¿Te apetece que nos demos una ducha? —me pregunta.

Tiene la cabeza apoyada en mi vientre y me está acariciando las piernas con las yemas de los dedos mientras yo enredo su pelo y contemplo sus fuertes brazos. Una ducha suena a un tercer asalto, aunque, a decir verdad, me apetece mucho. Estoy agotada y creo que mis articulaciones no serán capaces de responder a más, pero mi cuerpo sigue ansioso de placer y deseo.

—Vale, una ducha estaría bien... —admito.

Don ojazos se levanta, echa las sábanas pringosas de chocolate a una esquina de la habitación y después cierra la ventana para que esto deje de parecer un iglú. Yo me quedo tumbada mientras él me inspecciona de arriba abajo.

—¿Qué pasa? —inquiero con una sonrisa tonta.

Y mucho me temo que es una de esas sonrisas que utilizan las estúpidas protagonistas de las comedias románticas que tan poco suelen gustarme.

—Que eres demasiado bonita para ser verdad.

Me muerdo el labio, feliz. Sí, ¡feliz! ¡Me siento plena!

Y si tengo que sincerarme, diría que soy incapaz de recordar la última vez que me sentí así de completa y feliz. Así de ilusionada.

Escucho cómo abre el grifo de la ducha y poco a poco me desperezo para arrastrarme hasta allí. Mi cuerpo se queja de los movimientos, porque no está acostumbrado a tanto esfuerzo. Me digo a mí misma que si resulta que el poli y yo tenemos un futuro prometedor, necesitaré apuntarme a un gimnasio para coger fondo y poder mantenerle el ritmo.

—¿Vienes? —grita.

Al entrar al baño, compruebo que él ya me está esperando dentro de la ducha. Abro la mampara y paso al interior con las piernas temblorosas por el esfuerzo. Él me atrae, abrazándome por la espalda e introduciéndome debajo del grifo. Comienza a frotar levemente mi vientre con jabón, quitándome las manchas de chocolate y nata que tengo repartidas por todo mi cuerpo.

—Creo que lo peor será sacarlas de las sábanas —le digo con una sonrisa socarrona.

—Compraré unas nuevas —asegura, deslizado sus manos enjabonadas por cada esquina de mi cuerpo.

Y no sé cómo, el tacto de su piel contra la mía tiene un efecto instantáneo y nada sano que me hace calentarme en dos minutos y querer más. Mucho más. ¡Oh, Dios! ¡No es nada sano, no!

Me doy la vuelta y le beso con sensualidad.

—Eres insaciable, ¿verdad? —se ríe tontamente, sujetando mi rostro entre sus manos—. Si quieres más, tendrás que esperar. No soy un robot.

—¿No eres él?

Don ojazos niega lentamente con la cabeza mientras clava esa intensa mirada color del cielo en mí. Él coge jabón, ignorando que disimuladamente continuo frotando mi cuerpo contra el suyo, continúa lavando mi cuerpo antes de pasar a hacer lo mismo con mi cabello. Me siento... mimada. Sé que es una tontería, pero que nos enjabonemos el uno al otro me parece un acto demasiado íntimo y personal.

Un rato después, cuando el calor de la ducha se hace insoportable, nos envolvemos en la toalla y salimos. Mi poli particular me presta otra camiseta limpia, que es tan larga que me queda igual que un camisón, y me seco el pelo. Como no tengo cepillo, me transformo en un horrible león con la melena repleta de nudos, pero supongo que a él no parece importarle lo más mínimo, porque me observa con la misma cara de fascinación que antes.

—Creo que debería empezar a pensar en marcharme.

—¿Por qué? —se ríe él mientras rebusca en los armarios de la cocina.

—Porque mañana es lunes, trabajo y estoy agotada.

Y aunque no quiero moverme de donde estoy, empiezo a pensar que si me quedo un rato más terminará dándome las llaves de su casa y pidiéndome matrimonio —y lo sorprendente es que ese pensamiento en vez de asustarme, empieza a parecerme divertido—.

—Vale... Veamos —me dice, indicándome que me siente frente a él—. Porque no pedimos un poco de comida china, terminamos de ver la película de ayer y después... ¿Te llevo a casa en coche?

Sonríó y me muerdo el labio, pensativa.

—Es domingo, llueve, hace mal... ¿Qué ibas a hacer en tu casa? ¿Estar sola y aburrida?

—Yo nunca me aburro —bromeo, guiñándole un ojo.

Él suelta una carcajada y asiente.

—¿Te quedas, entonces?

—Si me quedo tendremos que llamar al libro de los récord Guinness para anotar esta cita como la más larga de la historia, ¿no crees?

—Puede ser... Pero por primera vez creo que cuanto más, mejor.

Media hora después, ya estamos sentados en el sofá con un enorme bol de palomitas en nuestro

regazo y la película en la televisión mientras esperamos a que el repartidor chino nos traiga los rollitos de primavera y el arroz con curry que hemos pedido.

Es extraño, pero de pronto hemos pasado a comportarnos como si fuéramos una pareja normal y no un par de extraños que acaban de conocerse la noche anterior. Nos acurrucamos juntos debajo de una sábana, con el salón medio a oscuras, haciéndonos arrumacos y caricias. Exactamente lo que llevo toda mi vida evitando a toda costa.

Y me gusta... ¡Joder! ¡Me encanta! Me siento a salvo, segura y feliz. Como si estuviera flotando en una nube. Una pequeña parte de mí teme que la burbuja de felicidad se pinche y termine estrellándome de bruces contra el suelo, pero otra más grande me grita que esto merece la pena y que debo arriesgarme. Él me gusta... No sé, es tan diferente. Tan auténtico. Como si no temiera mostrarse tal y como es abriéndose a mí. Como si estuviera dispuesto de lanzarse de un tren en marcha por conquistarme. Y qué queréis que os diga, nunca he sido una de esas chicas que necesita un caballero que le rescate de los dragones, pero mentiría si os dijera que sentirme como una princesa no sienta bien. Sienta genial, en realidad.

Un rato después, volvemos a las andadas e ignoramos la película para centrarnos en nosotros y hablar de todo y de nada; cómo fue nuestra infancia, dónde veraneábamos, dónde estudiamos, cuáles son nuestros sueños, qué nos gustaría para nuestro futuro... Me doy cuenta de que es la típica conversación de enamorados, pero hoy todo me resulta gracioso y encantador. Don ojazos estudió en un colegio privado de la ciudad, veraneaba en un pueblecito de Asturias, su sueño es formar una familia y mudarse a una casa unifamiliar y le encantaría que sus próximas vacaciones fueran de la Riviera Maya. Yo soy menos interesante; estudié en un colegio público, no veraneaba en ninguna parte porque mis padres no podían permitirse cerrar la tienda y coger vacaciones —la dura vida del autónomo—, mi sueño... no sabría decir cuál es, porque ni siquiera tengo claro lo que quiero ahora mismo, y no suelo pensar en las vacaciones. Prefiero centrarme en qué haré el próximo fin de semana. Don ojazos se ríe de mí y me dice que debo estar tomándole el pelo, pero no. Es la verdad y es lo que soy. Sencilla y sin aspiraciones, una mujer del siglo XXI que vive al día y sin aspiraciones fuera de su alcance.

Cuando suena el timbre la película ya está casi terminada y, una vez más, no nos hemos vuelto a enterar de más de la mitad.

—Tenemos mil ocasiones para volver a verla —me dice el poli con una sonrisa traviesa.

Y aunque la idea me gusta, empiezo a pensar que quizás deberíamos probar suerte con otro film. Don ojazos paga la comida y pone la mesa en el comedor de su salón. Incluso se molesta en encender una velita aromática para dar ambiente al momento. Cuando nos sentamos a comer, nos damos cuenta de que son casi las siete de la tarde y que esto es más bien una merienda cena.

—Los domingos no existen los horarios —se ríe.

Y creo que está en lo cierto, porque hoy el tiempo me parece que transcurre a cámara lenta.

—¿Y la salsa agridulce? —pregunto con un puchero.

Mi salsa favorita. Jamás sería capaz de comerme un rollito de primavera sin salsa agridulce.

—Voy a mirar si me la he dejado en la bolsa... Pero mucho me temo que se la han olvidado.

Y en efecto, se han dejado mi salsa.

—¿Llamo para que te la traigan? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Déjalo, mejor me como el arroz y te quedas tú los rollitos.

—¡Eh, que yo quería arroz! —bromea, descolgando el auricular para volver a llamar al chino.

Me río como una tonta y le digo que no es necesario, porque, además, para cuando lleguen con la salsa la comida ya se nos habrá enfriado. Pero él insiste y me dice que me la lleve a casa para la cena, así que le dejo volver a llamar. Nunca jamás le diré que no a un bote de salsa agridulce. Mientras comemos, hablamos de nuestras comidas favoritas. Ambos somos de buen comer y parecemos no hacerle ascos a nada, aunque yo siento un sentimiento contradictorio por la comida india. Lo que me gusta, me gusta mucho, Pero lo que no me gusta me parece incomedible.

—Aunque en realidad hoy he descubierto que mi plato favorito es “bruja con chocolate” —se ríe, mirándome con ojos lujuriosos.

Después hablamos de Mili y de Julen. Él ni siquiera los conoce; estaba en la fiesta porque un amigo de Julen al que habían invitado le había preguntado si le apetecía ir. Casualidad, ¿verdad? Que me haya reconocido del metro, que la noche anterior ambos estuviéramos en la misma fiesta sin siquiera tener amigos en común... Es como si el destino hubiera pretendido juntarnos, aunque yo no soy de esas que cree en cosas del destino —o al menos, no lo era—. Cuando estamos a punto de terminar de comer, el timbre vuelve a sonar. ¡A buenas horas llega mi salsa agridulce! El poli se levanta, rodea la mesa y gira mi silla para besarme lenta y suavemente en los labios. Yo me enrosco a sus piernas y le muerdo el labio inferior, divertida, justo cuando el timbre vuelve a sonar.

—Me pasaría las horas comiéndote enterita —me dice, riéndose—. Sabes bien con chocolate, con nata, con curry...

Suelto una carcajada y le doy un cachete en el culo para que vaya a abrir la puerta. Me aparto un poco a una esquina para que el repartidor no pueda verme, porque sigo vestida únicamente con una camiseta de don ojazos, y espero.

—¡¡¡Sooorpresaaa!!!

No es el repartidor.

Una voz femenina aparece desde el otro lado de la puerta, así que sorprendida, me asomo y veo a una mujer rubia, alta, guapa, con una maleta en el umbral. El poli se gira para comprobar si les estoy mirando, que lógicamente así es, y se apresura a empujar a la chica suavemente para sacarla fuera y entornar la puerta tras de ellos. La reconozco al instante; es la mujer de la fotografía, la que aparece junto a él con la torre Eiffel de fondo. Me sonrojo levemente pensando que su amiga ha

escogido un mal domingo para hacerle una visita y mientras me pregunto si quizás debería vestirme y marcharme para dejarles un poco de intimidad. A fin de cuentas, tampoco pensaba quedarme mucho más, ¿verdad? Ya es tarde y mañana toca levantarse pronto para ir a trabajar, así que no me vendría nada mal descansar un rato.

Me levanto de la mesa y me dispongo a buscar mi ropa de gótica por su dormitorio cuando escucho un grito y un llanto desde el exterior, así que me quedo helada y no me muevo de donde estoy. Un mal presentimiento se instala en mi interior y aunque me esfuerzo por mantener ese sentimiento de felicidad que tenía hacía unos instantes, algo me dice que las cosas no van bien. '

—¿Cómo qué estás acompañado, Víctor? ¿Qué cojones quiere decir eso?

Ella está llorando y a mí, de pronto, se me forma un nudo en el estómago y tengo ganas de vomitar.

—¡No puedo creer que me estés haciendo esto, joder!

Le escucho a él suplicar que baje el volumen y hable más bajo, pero solamente consigue que el llanto de la chica se acentúe aún más.

A mí también se me empañan los ojos. Intento convencerme de que tiene que haber alguna explicación, pero... Pero no. La única explicación es que soy una gilipollas, y al parecer ella otra imbécil como yo.

Me apresuro a la habitación para ponerme los pantalones de forma precipitada mientras busco mi camiseta, que encuentro debajo de la cama. Me calzo, sin siquiera ponerme los calcetines, y recojo mi bolso del sofá mientras me deshago en un mar de lágrimas. Escucho los gritos de ellos de fondo, manteniendo una discusión de pareja muy acalorada, y siento que si no desaparezco de esta maldita casa terminaré desmayándome aquí mismo.

Cuando salgo al salón, me encuentro frente a frente con ella. Tiene los ojos rojos y le tiemblan las manos, así que supongo que la imagen que ambas proyectamos es bastante similar. Me mira, inspeccionándome de arriba abajo mientras sacude la cabeza en señal de negación.

—¿Cuánto tiempo lleva engañándome contigo? —me pregunta con el labio tembloroso.

Yo, que también estoy hecha un mar de lágrimas, ni siquiera sé qué contestar.

—No lo sabía... —tartamudeo, confusa—..., lo siento —mascullo, apretando con fuerza el bolso contra mí—, lo siento mucho.

La esquivo lo más rápido que puedo, evitando su mirada destrozada y herida, y me dirijo a la puerta. Y ahí está él; don ojazos. Se queda observándome con la mandíbula tensa y cuando estoy a punto de pasar junto a él me sujeta con fuerza del brazo para detenerme.

—Puedo explicártelo... Por favor, no te vayas —suplica con la voz rota.

—¿Qué vas a explicarle, Víctor? ¿Qué ya no me quieres? ¿Qué no significo nada para ti? —grita ella, histérica.

Me zafó de sus manos y salgo corriendo escaleras abajo con un nudo en la garganta. Escucho

más gritos, después un portazo y... nada. No escucho nada más. Me apoyo contra la pared del portal y me dejo caer hasta quedar sentada. Y entonces, exploto. Empiezo a llorar con todas mis fuerzas y me doy cuenta de que me acaban de romper el corazón. Toda la vida protegiéndome de estas cosas y... Así, de repente, en una noche, decido abrirme a alguien y termino destrozada y hecha mil pedazos. Necesito varios minutos para recomponerme. En realidad, ni siquiera soy consciente de cuánto tiempo paso aquí sentada, esforzándome por calmarme. Minutos, ¿horas? Una parte de mí espera ver cómo ella se marcha, dolida, y él aparece para suplicarme que vuelva arriba. Otra parte de mí desea que se muera y arda en el infierno para la eternidad.

Que si yo era la mujer de su vida, la madre de sus hijos, que si me iba a enamorarme de él, que si solamente quería una cita... ¡Mentiras! ¡Todo mentiras! Ni siquiera entiendo cómo fui capaz de creerme ese maldito discurso prediseñado para engañar a niñas tontitas. Y luego, la foto... “¿Estás celosa?”. Puedo recordar su voz preguntándomelo y me entran ganas de vomitar. En realidad... Creo que voy a hacerlo.

Me levanto del suelo y me arrastro fuera del portal. Consigo salir con el tiempo justo para vomitar en mitad de la acera. En el exterior ya no llueve. Varias personas que se cruzan conmigo se detienen para preguntarme si estoy bien y yo, dolida, asiento. Necesito calmar mi respiración antes de llamar a un taxi para que me lleve de regreso a casa, porque las manos y las piernas me tiemblan con tanta fuerza que creo que, de un momento a otro, me desmayaré aquí mismo.

Cuando llego a casa me siento hecha una mierda.

Me doy una larga ducha, esforzándome por frotar mi cuerpo y sacar el maldito olor a él que se ha quedado impregnado en mi piel. Tengo varias llamadas perdidas de Mili, pero las ignoro. No tengo ganas de hablar con ella porque sé muy bien qué me va a preguntar: ¿qué tal anoche?, ¿con quién te marchaste?

Y entonces tendría que explicarle que me marché con el poli guaperas, que al parecer se llama Víctor, y que termine enamorándome de él en cuestión de un par de horas y con el corazón roto en cuestión de otras pocas. No, gracias. Creo que prefiero no pasar por eso.

Después de salir de la ducha, aún con el pelo mojado, me arrastro hasta la cama y enciendo el ordenador. El Facebook me recuerda las fotografías de ayer por la noche, así que me apresuro a cerrarlo para no correr la mala suerte de que él aparezca en alguna de ellas. Después, abro Netflix, saco un paquete de galletas de chocolate y pongo la primera película de terror que me aparece en el buscador. Nuevamente, otra mala idea. Una película romántica me recordaría a él, pero después de haber intentado ver “Psicosis” en dos ocasiones las películas de terror también me recuerdan demasiado al poli. Al final, termino poniendo “Friends”, porque independientemente de los años que pasen Joey siempre consigue sacarme una sonrisa con sus estupideces. Pero no es el caso, claro. Termino llorando como una tonta abrazada a la caja de galletas que ya he vaciado en mi estómago.

No sé cuánto tiempo paso así, pero cuanto más pienso en las ilusiones absurdas que me había formado más estúpida me siento. Los hombres son todos unos cabrones y unos asquerosos. “Es mi mejor amiga... ¿Estás celosa?”, recuerdo, e incluso mi cabeza es capaz de imitar su voz al cien por cien.

Cuando suena al despertador a las siete de la mañana me doy cuenta de que no he pegado ojo en toda la noche. Podría llamar a mi madre, decirle que estoy enferma y no ir a trabajar, pero no tendría demasiado sentido hacerlo. Total, quedarme en casa solamente servirá para comerme la cabeza aún más, porque creo que lo de dormirme será una tarea imposible mientras don ojazos me ronde los pensamientos.

Me arrastro hasta el cuarto de baño y compruebo que la imagen que me devuelve el espejo es terrible. Aún tengo el cabello húmedo por la ducha de anoche, mis ojos están rodeados de unas profundas y moradas ojeras y ahora son casi tan rojos como la sangre. Además, parezco paliducha. Creo que nunca jamás me había visto tan fea como hoy, ni siquiera aquella vez que cogí

las anginas y tuve que ir al hospital con casi cuarenta y uno de fiebre.

Me lavo la cara y me maquillo muy superficialmente, porque no me apetece perder el tiempo en banalidades y porque sospecho que hoy cualquier tarea habitual me supondrá un cincuenta por ciento de esfuerzo extra —o quizás más—. Me visto con unos vaqueros ceñidos, un jersey de lana y unas deportivas cómodas antes de tomarme un café americano bien cargadito. Mi móvil vuelve a sonar antes de salir de casa, y nuevamente me sorprende al comprobar que es Mili.

—Perdona... —respondo nada más descolgar—, ayer llegué tarde y me fui a dormir directa —miento.

Además, después de tanta llorera, es la primera vez que pronuncio algo en voz alta. Y sueño fatal. Tengo la voz rasgada y gangosa a su vez, como si me hubiera tragado un sapo.

—¿Qué diablos ha pasado, Lu? —me pregunta, y soy incapaz de pasar por alto el tono de preocupación que emplea al hacer la pregunta—. ¿Estás bien?

—Sí —vuelvo a mentir, mientras cojo la chaqueta y el bolso del perchero de la entrada y me preparo para salir—, ¿por qué no iba a estarlo?

—No lo sé, mejor me lo cuentas tú y así salgo de dudas.

El tonito de su voz me indica que sabe algo. Pero es imposible... ¿verdad? ¿Cómo iba a enterarse Mili si el poli no la conocía ni a ella ni a Julen?

—No sé de qué estás hablando... —farfullo, descendiendo las escaleras de casa a pie.

En mi comunidad la cobertura es terrible y si bajo en ascensor corro el riesgo de que la llamada se corte y tener que volver a empezar. Pocas veces suelo desear deshacerme de Mili cuanto antes, pero esta es una de esas raras ocasiones.

—Sí sabes de qué estoy hablando —me ataca directamente, esta vez con un evidente tono de cabreo—. ¿Me vas a contar lo que pasó con el policía o no?

Trago saliva. Mierda.

—Pues ya sabes, lo de siempre...

—Lo de siempre no fue —me corta—, así que déjate de tonterías que soy tu amiga, ¿vale? Se supone que aquí estamos para lo bueno y para lo malo, no solamente para lo que interesa...

—Vale, vale... —murmuro para que no siga con el sermón.

Doblo la esquina de la calle para dirigirme a la boca más cerca del metro. La mañana es fría y el aire corta la piel del rostro. Calculo que hoy Madrid no habrá amanecido con más de diez grados, pero teniendo en cuenta que ya hemos entrado en noviembre era de esperar. Demasiado ha durado el buen tiempo, la verdad.

—¿Me lo vas a contar?

—Hay poco que contar... Me marché con él y nos liamos, ya está.

La escuche gruñir desde el otro lado del auricular y tengo que reprimir una risita. Al menos, Mili no me falla. A diferencia de Joey, ella sí es capaz de sacarme la sonrisa incluso en los días

más tristes.

—Ya, claro —escupe. La escucho subir al coche y poner el contacto antes de quedarse callada unos segundos. Supongo que se está conectando al bluetooth del manos libres, así que le doy unos segundos de margen—. ¿Entonces por qué diablos se ha pasado toda la noche llamando a Julen para conseguir tu teléfono?

Me quedo helada cuando la escucho decir eso.

—Estás de broma, ¿verdad? —grito para que pueda escucharme por encima del barullo de la gente.

El metro de Madrid a estas horas es impensable y siempre está a reventar. Desciendo por las escaleras hasta introducirme en el túnel y rezo internamente porque la cobertura no me falle en este preciso momento.

—No, no estoy de broma. Un colega de Julen le pasó nuestro teléfono, y el muy pesado nos llamó al menos quince veces —me dice de malhumor—. ¿Te lo puedes creer? ¡Quince veces!

—Joder... —murmuro, recordando el rostro descompuesto de don ojazos justo antes de que me marchara.

“Te lo puedo explicar”, me había dicho con la voz rota. Aunque claro, ¿qué iba a decir si no? “¿Qué vas a explicarle? ¿Qué ya no me quieres? ¿Qué no significo nada para ti?”, le había respondido ella. A lo largo de la noche he tenido tiempo suficiente para recrear esa escena en mi cabeza en un millar de ocasiones y ya la he analizado de arriba abajo y del revés. No hay explicación posible. Me había mentido, al igual que a ella. Otro maldito ligón embustero que se cree con el derecho de jugar con los sentimientos de las personas. Al final, después de tanto, he terminado dando con el psicópata de turno, ¿no? Porque tienes que ser un verdadero trastornado para soltar toda esa sarta de mentiras con tanto carisma y con tanta sinceridad. Tienes que estar muy mal de la cabeza, sí.

—Quería tu número de teléfono —me explica Mili. Le escucho de forma entrecortada, así que me quedo plasmada en el sitio donde me encuentro para evitar que la conversación de se pierda—. Le dijo a Julen que era muy importante y que si no conseguía hablar contigo iba a terminar perdiendo la cabeza.

“Pues que se joda”, pienso internamente.

Solamente faltan dos minutos para mi metro.

—¿Y qué respondió Julen?

—Que no podía darle tu número de teléfono sin antes preguntártelo a ti.

Suspiro, aliviada.

Menos mal.

—Bien... gracias —resoplo, mientras escucho cómo mi metro se va acercando poco a poco a la estación a través de los túneles.

—Pero es que luego volvió a llamar y dijo que era muy importante hablar porque...

Y ya no escucho nada más.

El sonido es tan fuerte que no consigo llegar a entender nada de lo que mi amiga me sigue diciendo.

—¡Mili! —grito, rezando para que ella sí pueda escucharme a mí—. Me estoy subiendo en el metro y no escucho nada, así que te llamo cuando salga de trabajar... Si hablas con Julen dile que ni se le ocurra darle mi número de teléfono a nadie, ¿vale? ¡A nadie! ¡Por favor!

Ella no responde.

Me quito el teléfono de la oreja y compruebo que la llamada ya se ha cortado. No sé si habrá llegado a escucharme o no, pero supongo que si a estas alturas aún no le ha dado mi número es porque no tiene ninguna intención de hacerlo. Y es un alivio.

Ahora mismo, quiero intentar sacar de mi vida todo lo que me recuerde a él. Hacer un borrón y olvidar esa maldita noche antes de que empiece a pesarme demasiado.

Me siento en uno de los asientos libres y apoyo la cabeza sobre el cristal mientras veo cómo las luces del exterior se difuminan mientras nosotros aceleramos y avanzamos. Por lo general, suelo sentarme un par de vagones más adelante para dar lo más cerca posible de la salida, pero hoy me he quedado bastante atrasada.

Intento no pensar y distraerme, pero es imposible. No tengo datos para distraerme trasteando en el teléfono y la llamada de Mili me ha dejado un “runrún” aún más intenso devorándome los sesos. Sé que esta vez he metido la pata bien metida y que coger las riendas de mi vida y olvidarle no será sencillo, pero tengo que hacerlo. Y cuanto antes. Además, tampoco puede ser tan difícil, ¿no? Solamente ha sido una noche y un día. Una cita y ya está.

Me digo a mí misma que ese será el último pensamiento que le dedico y que después me centraré en otra cosa más productiva. Como, por ejemplo, en los cojines que tengo que comprar para el salón de casa. Pero es imposible. Sin darme cuenta, vuelvo a él una y otra vez. Estoy metida en un bucle muy vicioso.

¿Y si me hubiera marchado de su casa unos minutos antes? ¿Y si le hubiera dicho mi nombre, le hubiera dado mi número de teléfono y me hubiera ido de allí con la ilusión de volver verle? Entonces, ¿qué? Habría empezado una tormentosa relación con un hombre que ya estaba comprometido. Seguramente, nos hubiera engañado a las dos durante meses hasta que su mentira hubiese terminado explotando por algún lado, y entonces habría sido millones de veces peor porque yo ya me habría enamorado de él y de sus malditos ojos azules hasta las trancas. Cierro los ojos y cuento de diez para atrás para no llorar, aunque no sirve de nada porque un par de lagrimitas rebeldes se deslizan con sigilo por mi mejilla. Ni siquiera me molesto en quitármelas. A veces, contener el llanto y que consiga escaparse es tan liberador como cuando te esfuerzas por no gritar y terminas pegando alaridos. Pienso en él. En todas esas cosas que me dijo, en lo sincero

que parecía mientras me acariciaba el rostro con ternura o me prometía un futuro que evidentemente no tenía intenciones de cumplir.

Y cuando abro los ojos, veo sus ojos azules mirándome intensamente, acercándose a mí. Doy un respingo en el asiento al comprobar que no se trata de mi imaginación y que, efectivamente, el policía sexy se acerca a mí con paso ligero mientras aparta a los viajeros de su camino. “Todas las mañanas coges el mismo metro...”, me había dicho.

—Joder... ¡Mierda!

Me pongo de pie de un salto, esquivo a la señora que viajaba a mi lado y camino por el vagón en dirección contraria a él intentando perderle. “¿Qué diablos haces, Lucía? ¡No tienes a dónde ir!”, me grita una voz en mi cabeza. Pero decido ignorarla. Prefiero correr como una imbécil por los vagones del metro a dar la cara y tener que enfrentarme a él.

—¡Espera! ¡Joder, espera por favor!

La respiración se me agita tanto al escuchar su voz que temo poder sufrir un ataque de pánico de un instante a otro. El metro comienza a pararse lentamente. Aún no estamos en mi estación, pero supongo que tendré que conformarme con esta si pretendo despistarle.

Las puertas se abren y sin mirar atrás, salto al exterior.

Una avalancha de gente hace lo mismo y yo me apresuro a filtrarme entre los transeúntes mientras camino con paso acelerado en dirección a la salida. Le escucho gritar de fondo y compruebo, echando la mirada hacia detrás, que también se ha bajado del metro y camina detrás de mí. Tengo la respiración agitada y las pulsaciones a mil por hora, así que prácticamente echo a correr sin importarme demasiado a quien pueda llevarme por delante en la carrera.

Cuando por fin salgo a la calle, respiro hondo y me apoyo sobre mis rodillas para recuperar el aliento. Vuelvo a mirar atrás, pero no le veo. Parece que, al final, se ha rendido. Lo que no entiendo es porqué narices me siento decepcionada por no verle si acabo de correr la maratón de mi vida huyendo de él.

Suspiro hondo, recobrando la compostura y mirando el reloj. No llueve y después de la carrera he perdido el frío, así que decido caminar las manzanas que me faltan hasta la floristería, aunque conlleve llegar un poco tarde. Coger el metro, además, implicaría otras dos cosas: llegar tarde de todas maneras y volver a correr el riesgo de cruzarme con el poli. Y no, aunque me haya sentido decepcionada, no soy tan idiota ni tan masoca.

Cuando llego a la tienda mi madre me lanza una mirada de arriba abajo y me interroga con la mirada. Supongo que mi aspecto debe de ser lo más patético que ha visto en mucho tiempo.

—¿Qué diablos te ocurre? —pregunta, acercándose a mí con preocupación—, ¿estás enferma?

Coloca el reverso de la mano derecha sobre mi frente mientras frunce el ceño y me toma la temperatura con precisión. Sí, la mano de mi madre siempre ha funcionado mucho mejor que cualquier termómetro.

—Estás caliente —dice.

—Es porque he venido corriendo, no quería llegar tarde y el metro se ha quedado detenido a un par de estaciones... —miento.

Y me doy cuenta de que poco a poco me estoy volviendo en una mentirosa experta.

—No tienes buena cara, cariño... ¿Por qué no te marchas a casa y descansas un par de días?

Si mi madre me manda a casa a descansar un par de días es que, de verdad, debo de estar horrible.

—Tranquila, estoy bien —aseguro, deslizándome a la parte trasera de la tienda—, voy a poner al día los pedidos, ¿vale?

Ella, a pesar de no parecer muy convencida, asiente y vuelve a ponerse manos a la obra.

Mi día ha sido una auténtica mierda.

Cuando llego a casa a las ocho de la tarde en el exterior ya ha anochecido por completo y estoy triste y amargada. Sí, creo que esa es la expresión correcta: estoy amargada.

Me propongo cenar sano, ver un poco la televisión e irme a dormir pronto — supongo que después del insomnio de anoche caeré rendida—, pero unas horas después mi fuerza de voluntad decae y termino llamando al kebab de debajo de mi casa para que me suba uno de esos “durum” tan pringosos y buenos. Me apetecía más pizza o comida china, pero mi absurda mente infantil ha decidido descartar esas opciones porque le recuerdan demasiado a él. Así que me conformo con lo que hay y con una buena botella de tequila —sí, un plan muy sano, ¿verdad—.

Algo me dice que hoy no dormiré por culpa del maldito ardor de estómago, pero no pasa nada. Nadie se ha muerto de cansancio, ¿no?

Cuando llevo media botella de tequila llamo a Mili para hablar de todo y de nada. Me dice que el poli de la fiesta ha vuelto a llamar otras quince veces preguntando por mí y yo me río de forma absurda y le explico que es un cabrón sin escrúpulos.

—Si le das mi número te mato —amenazo con la voz gangosa y me doy cuenta de que sueno mucho más borracha de lo que yo creo estar.

Mili se queda callada unos instantes y yo hago lo mismo, sopesando si la conversación se ha debido de cortar.

—¿Hola? —pregunto al final.

—Estoy alucinando —me dice con voz de asombro.

—¿Qué pasa? ¿Julen te está haciendo un estriptis? —le pregunto con una risita de niña mala.

—¡Joder, Lu! —exclama—. No puedo creer que te hayas colgado de ese tío.

Sacudo la cabeza rotundamente —a pesar de que ella no puede verme—, mientras relleno otro vaso de tequila. Al hacerlo, el vasito termina desbordándose y el tequila se derrama sobre la mesa, y como es la única botella que me queda, decido que desperdiciar una sola gota sería un delito y me agacho sobre ella para lamer el líquido. Después vuelvo a reírme como una loca.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Se me ha caído el tequila, pero ya me lo he bebido —le cuento, sin siquiera preocuparme por el sentido de lo que estoy diciendo.

—Madre mía... Sí que te has pillado por él —repite.

—Eso es meeeeentira —aseguro mientras enciendo la televisión—, yo paaaso de los tíos.

—¿Entonces por qué estás borracha un lunes a las nueve de la noche?

—Porque tengo sed —escupo sin pensar y vuelvo a echarme a reír ante mis ocurrencias—, y el agua no sabe a nada. Está mala. Muy mala...

—Joder, Lu... ¿Quieres que vaya?

Lo pienso unos instantes: ¿quiero que venga Mili? ¿O es mejor quedarme a solas ahogando mis penas en alcohol sin una amiga pesada que me repita lo tonta que he sido por engancharme de un tío al que acabo de conocer?

—Mejor no... Estoy bien —aseguro, intentando aparentar cierta seriedad—. En realidad, estoy genial.

—No te creo...

—¡Qué sí, tonta! —exclamo, riéndome de nuevo.

¿Parezco bipolar o solamente me da a mí esa sensación?

—Voooy a colgar, ¿vale? Se me ha vuelto a caer el tequila y necesito las manos.

—Bueno, vale... —me responde sin discutir—, pero llámame si cambias de ideas, ¿sí?

Y sin responder, cuelgo.

Lanzo el móvil al fondo del sofá y me apoyo en los bordes de la mesa auxiliar para no perder el equilibrio antes de empezar a lamer, nuevamente, el tequila derramado. Decido, finalmente, que beber directamente de la botella es mucho más práctico y me deshago del vaso lanzándolo contra la pared. Me muero de risa cuando explota en mil pedazos, pero en el fondo incluso mi subconsciente sabe que recoger ese estropicio cuando esté serena no me hará demasiada gracia.

—No voy a laanzar más vasitos —me regaño, como si fuera una madre echándole la bronca su hija y no una borracha hablando consigo misma en voz alta.

Cuando me termino la botella de tequila son las diez de la noche y todo da vueltas a mi alrededor. Decido poner la música y bailar un rato subida en el sofá, como cuando era una niña y jugaba con Mili a que ambas formábamos parte de las Spice Girls. A mí me gustaba ser la gimnasta y Mili siempre se pedía la rubia. Teníamos donde elegir y no solíamos pelearnos nunca, la verdad.

Después de un rato, cambio de estilo musical y me paso al Rock'n Roll mientras rebusco por todos mis armarios en busca de alguna botella olvidada que pueda mantener a flote mi borrachera un par de horas más. ¡Me lo estoy pasando muy bien de fiesta conmigo misma! Pero no encuentro nada. Debo de ser la tía más borracha de este mundo, porque no consigo encontrar ningún resquicio. Ni siquiera de vino.

Paso de la euforia a la tristeza en cuestión de segundos, sin siquiera saber qué es lo que me ha entristecido tantísimo y tan de repente. Aunque sé que no es por él, por supuesto. Él me importa un carajo. Termino cambiando el rock por canciones tristes de los noventa, como Amaral o La oreja

de Van Gogh y me echo a llorar con un paquete de clínex a mi lado.

¡Qué patética soy!, me digo a mí misma. Toda la vida esforzándome por ir de tía dura, por poner reglas, por evitar colarme del primer idiota y terminar jodida como lo han estado todas mis amigas y... ¡Tachan! Una noche absurda ha servido para derribar mis escudos y transformarme por completo. Cuando la canción de “la playa” termina y pasa a la siguiente, transcurren unos segundos de silencio en los que me parece que alguien golpea la puerta de mi casa. Me digo a mí misma que deben de ser imaginaciones, pero al rato me vuelve a ocurrir. O me lo vuelvo a imaginar, quién sabe. Decido salir de dudas y me arrastro hasta la puerta con pesadez. Al hacerlo, piso uno de los malditos cristales del vaso de chupito que he estallado contra pared de la sala y me hago un pequeño corte en la planta del pie. De pequeña también me corte ahí mismo, caminando por las rocas de la playa mientras buscaba cangrejos. La diferencia es que entonces tuve la sensación de que dolía un infierno y, ahora, los efectos del alcohol hacen que solamente me resulte gracioso ir dejando un rastro de sangre por la alfombra —y en el fondo mi subconsciente también sigue sabiendo que mañana no me hará ni un poquito de gracia—.

Acerco la oreja a la puerta, pegándome a ella y... ¡PUM! El golpe suena tan fuerte que me hace dar un respingo hacia atrás. Me apresuro a abrir, pero está cerrada con llave y abrir la cerradura se convierte en una tarea imposible. Estoy convencida de que debe de tratarse de Mili, pero cuando abro... ¡SORPRESA! ¡Policía a la vista!

—¡Laaaaaargo de aquí! —escupo, señalándole con el dedo índice—. ¡No quiero saber nada de ti!

El poli se queda mirándome de arriba abajo y después suspira con pesar.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Por qué no pasamos dentro y charlamos tranquilamente?

Me doy cuenta de que detrás del primer poli hay otro más. Genial, ahora estoy rodeada. ¿Es que no se dan cuenta de que odio con toda mi alma a los malditos polis?

—Los policías me dais asco —escupo con rabia, mirándole con desdén.

Mi afirmación no debe hacerle mucha gracia, porque me aparta a un lado sin esfuerzo y entra al interior de mi casa sin invitación. El otro tío hace lo mismo.

—¡Fuera! —grito, histérica—. ¡No os dejo estar aquí! ¡Fuera!

El primer policía, ignorándome, entra al salón y apaga el equipo de música. La voz de Amaia Montero se extingue en los altavoces de mi salón y, de repente, me parece que todo queda sumido en un profundo silencio.

—Tiene un corte en el pie —dice uno de ellos—, así que llama al samur para que le echen un vistazo.

Ambos se quedan mirándome y yo, que lo último que necesito es otros dos policías prepotentes en mi vida, le lanzo una mirada asesina.

—Os pensáis que podéis hacer lo que os dé la gana, ¿verdad? —suelto mientras la rabia

comienza a extenderse por mis venas y poco a poco se me va hinchando la vena de mi cuello—, ¿qué podéis jugaaaaar con mis sentimientos?

Los dos policías se quedan mirándome muy fijamente.

—¿Qué hacemos? —pregunta uno en voz alta, dirigiéndose al otro.

—¡¡FUERAAAAAA DE AQUÍ!! —grito con todas mis fuerzas, señalando la puerta de la calle mientras utilizo la otra mano para apoyarme en la pared y no caerme.

—Nos la llevamos —decide el otro, mirándome con una expresión bastante parecida a la pena.

El primero, el más guapo y el más cabrón —los policías guapos siempre resultan ser los más cabrones, hacedme caso, que lo sé muy bien—, me rodea para coger una chaqueta del perchero. ¡Es mía! Así que intento quitársela a la fuerza, pero él se empeña en gritarme que me esté quita.

—Si no te relajas tendré que ponerte las esposas. ¿Quieres eso?

Me río como una niña traviesa cuando le escucho decir eso.

—Al menos vas a ser más imaginativo que el otro gilipollas —suelto, juntando mis muñecas con cara perversa—, espósaaaaaame, agente...

Con los ojos en blanco, me tira la chaqueta sobre los hombros y le indica al policía que coja las zapatillas de casa que hay junto al sofá y mi teléfono móvil, después cogen mis llaves de casa de la cerradura y, tirando de mí, me saca de mi piso. Al principio me esfuerzo por resistirme, pero después comprendo que es en vano y dejo que me lleve a donde quiera. Total, no tengo nada que hacer y tampoco me quedaba tequila, así que igual se enrollan y terminan invitándome a un par de chupitos más, ¿no?

Cinco minutos después, estoy en la parte trasera de un coche, tapada con mi chaqueta, con las zapatillas de andar por casa en los pies y sin saber a dónde me dirijo.

—¿Vais a llevarme a por un chuup...chuup...chuupito? —pregunto.

¡Maldito hipo!

—¿Por qué no se duerme un rato, señorita?

Le lanzo otra mirada suspicaz, pero a decir verdad la idea no me parece tan mala. Estoy cansada y tengo sueño... Así que me acurruco contra la puerta, cierro los ojos y dejo que el motor del coche se convierta en una nana que me arrulla hasta quedarme dormida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos casi me muero de un susto.

Ya no estoy en mi casa, no. Estoy en una celda, en lo que parece una comisaría y con un pie vendado. Para colmo, voy vestida con mi mini pijama de Hello Kitty y... ¡Ni siquiera llevo ropa interior! Me cubro los pechos con ambos brazos cuando me doy cuenta de que estaba tumbada sobre mi propia chaqueta, así que me apresuro a echármela por encima.

—¿Hola? —pregunto, asustada.

Me duele la cabeza horrores, apesto a alcohol y creo que todavía estoy algo borrachada. “¿Qué diablos ha pasado?”, me pregunto, haciendo un esfuerzo por recapitular los últimos acontecimientos que han sucedido en mi vida. Recuerdo la borrachera que me he pillado a base de tequila y muy vagamente a los policías. ¡Mierda! Supongo que el vecino pesado de arriba ha debido de llamarles para obligarme a quitar la música.

—Vaya, mira quién ha despertado... —murmura el agente, cruzándose de brazos frente a mi celda.

Entorno los ojitos como una niña angelical y buena.

—Lo siento mucho —le digo, incapaz de creer que hayan tenido que llegar a detenerme—. No sabe lo avergonzada que estoy.

Su mirada dura se ablanda al instante y me dedica una sonrisa de medio lado mientras rebusca en su bolsillo para dar con las llaves.

—La siguiente vez que necesite ahogar penas váyase a un bar y deje a los vecinos descansar en paz, ¿entendido?

—Entendido —aseguro con voz de arrepentimiento total—. ¿Va a dejar que me marche a casa?

—No ha matado a nadie, ¿verdad? —bromea.

—No, ¡por Dios! —exclamo de la misma.

—Pues sí, entonces la dejaré marcharse a casa si me promete que ningún vecino tendrá que volvernos a llamar.

—No volverá a suceder, se lo aseguro.

Salgo de la celda sintiéndome ridícula con mis zapatillas de pompones y mi pijama de Hello Kitty.

—¿Van a multarme?

—No, por ser la primera vez. Pero que no se repita, ¿queda claro?

Asiento con la cabeza y el policía me entrega mis llaves de casa y mi teléfono móvil. ¡Bien! ¡Al menos tengo mis pertenencias conmigo! No es mucho, pero algo es algo.

—Puede esperar ahí sentada mientras la vienen a buscar —me indica el agente, dedicándome una sonrisa compasiva.

Es decir... ¿Qué debo avisar a alguien para que venga a buscarme? ¡Oh, no, por favor! Me siento en la silla con un potente dolor de cabeza martilleándome la sien e intento pensar con claridad. Ir a pie hasta mi casa, en pijama y en zapatillas de pompones, no es una opción. Tampoco tengo dinero para un taxi. Llamar a mi madre y decirle que venga a buscar a su hija borracha a una comisaría tampoco es una opción válida. Llamar a Mili tampoco, porque después Julen se pasará meses comiéndole la cabeza y diciéndole que soy una pésima compañía y que amigas como yo no le convienen en absoluto —se nota que nos queremos mucho, ¿verdad?—. Así que mi lista de opciones cada vez se va reduciendo más. ¿A quién puedo llamar para que venga a buscarme a las cuatro de la mañana?

De pronto, se me ocurre una idea. No es que sea la mejor opción, pero... Si he de ser sincera conmigo misma, creo que no tengo mucho más donde elegir.

Abro la agenda del móvil y rebusco hasta dar con “Alberto”. Cuando voy a pulsar la tecla verde de llamada, escucho una vocecita en mi cabeza diciéndome que esto solamente lo hago por despecho y que no está bien. Pero después vuelvo a preguntarme quién me queda como opción B y el silencio que obtengo a modo de respuesta me reafirma en mi primera opción. Suena un tono, dos, tres... Seguramente estará dormido. Quizás sea uno de esos tíos que ponen el teléfono en modo “silencio” para dormir, quién sabe. Al final, la llamada se extingue y yo, desesperada, resoplo con angustia. No, definitivamente, volver a casa en pijama de Hello Kitty cruzando a pie toda la ciudad no es una opción real.

De pronto, mi teléfono móvil empieza a sonar y yo pego un respingo, sorprendida. El nombre de Alberto está iluminado en la pantalla.

—¿Alberto?

—¿Lucía? ¿Qué pasa? —me pregunta con voz adormilada.

Me siento la peor persona del mundo, pero...

—¿Podría pedirte un favor? Tengo un pequeño problema y no sé a quién acudir.

—Sí, claro... ¿Estás bien? —me dice. Y al decirlo parece preocupado.

—Sí, sí, claro... —respondo en voz baja mientras el policía pone oreja a mi conversación—, pero es que he tenido un pequeño accidente... Bueno, es una larga historia, pero estoy bien. El problema es que estoy en comisaría y no tengo a nadie que pueda llevarme a casa. No te lo pediría a ti si tuviera otra opción, pero...

—No te preocupes, dame diez minutos y estoy allí —me corta.

—Gracias.

Y cuelgo el teléfono.

Algo me dice en mi interior que, si le pido a este chico que salte de un puente por mí, lo haría. Me abrigo bien, envolviéndome en la chaqueta todo lo que puedo antes de desplazarme ligeramente a la derecha para poder observar desde la cristalera si Alberto llega o no. Supongo que aparcará el coche en frente y le veré llegar.

—¿Vienen a buscarte? —inquiére el policía.

Asiento con la cabeza, dedicándole una sonrisa tímida.

No soy capaz de recordar nada de lo que les he dicho, pero supongo que he debido de soltar unas buenas lindezas para que hayan optado por arrastrarme hasta un calabozo y dejarme ahí como una delincuente.

Al rato, veo unas luces amarillas acercándose por la calle hasta detenerse frente a la entrada. Es él. Reviso el reloj y compruebo que solamente han pasado ocho minutos desde la llamada, así que prácticamente ha debido de teletransportarse para venir al rescate.

—Bueno... Me marchó —digo a modo de despedida—. Lo siento y... Gracias.

—Nada, con que no vuelva a suceder nos basta —se ríe él—. Por cierto... ¿Qué tienes en contra de los policías? —inquiére con curiosidad.

Suspiro hondo y sopeso qué responder, pero al final decido decantarme por la mitad.

—Contra los policías, nada. Es contra a un policía en específico.

El agente se ríe de mi comentario y se despide de mi con un gesto silencioso, levantando la mano. Salgo al frío de la madrugada y me apresuro al coche de Alberto con la mayor rapidez posible. Caminar en zapatillas de casa por la calle no es, precisamente, lo más cómodo del mundo.

Entro en el asiento del copiloto y le lanzo una mirada de disculpa sin saber qué decir. En realidad, Alberto y yo ni siquiera somos amigos. Nos hemos acostado un par de veces y lo hemos pasado bien juntos, pero nada más.

—¿Me vas a contar lo que te ha pasado?

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—La verdad es que... Si no te importa, prefiero no hablar de ello.

Asiente, pone el motor en marcha y nos incorporamos a la carretera rumbo a mi hogar.

Alberto es muy guapo. Moreno, ojos castaños que a veces tiran a miel, buen porte, alto y siempre va bien vestido. Me quedo mirándole mientras conduce y me sorprendo al comprobar que hoy no va peor que otras veces. Es más, para haberse despertado hace diez minutos y haberse puesto lo primero que ha cogido del armario, está muy guapo. Lleva unos vaqueros blancos, unas deportivas también blancas y un jersey beige de punto que parece lo más gustoso del mundo. Alberto, a veces, puede ser un poco pesado. Sobre todo, cuando se propone llevarme a la cama; aunque como norma general es buen tío —y parece que también es buen amigo—.

—Gracias —le digo, relajándome por unos instantes sin sentirme juzgada.

Aunque no sé qué debe de haber pensado sobre mí cuando me ha visto salir de comisaría a las cuatro de la mañana, apestando a tequila rancio y con estas pintas.

—No hay de qué —me dice sin apartar la mirada de la carretera—, ya sabes que siempre es un placer ayudarte.

Pienso en el poli. En Víctor. No quiero seguir pensando en él, pero, por alguna razón que no termino de comprender, sacármelo de la cabeza está resultando una tarea imposible. Me gustaría borrar esa maldita noche de Halloween de mi memoria. Tal vez sea por la pequeña borrachera que aún llevo encima, pero me pregunto si dándome un fuerte golpe en la cabeza a mí misma podría provocarme una pequeña amnesia o algo así. Solamente para borrar unos días y nada más, claro.

—Pues ya estamos —señala, esquinándose en doble fila frente a mi portal.

Coloca las luces de emergencia y me lanza una mirada seductora.

Yo se la devuelvo. Sí, sé que es lunes —o mejor dicho, martes—, que mañana ambos trabajamos —o deberíamos trabajar— y que son las cuatro y media de la madrugada, pero... Lo último que me apetece después de una noche tan patética y desastrosa es dormir sola.

—¿Por qué no aparcas y subes un rato? —escupo sin pensar.

Alberto aprieta el volante entre sus manos, dubitativo. Seguro que en unas cuantas horas debe de presentarse en el trabajo y lo último que le apetece es pasar la noche con la borracha de su amante.

—¿Lo dices en serio?

Yo asiento muy firmemente para que no le quepa duda y él, sin demorarse, se pone en marcha y da dos vueltas a la manzana hasta encontrar un hueco libre cerca de mi portal.

Caminamos en silencio por la calle. Hace mucho frío y Madrid duerme plácidamente a estas horas de la madrugada. Quizás sea por no romper el ambiente nocturno o porque en realidad ni él ni yo tenemos nada que decir, pero nos mantenemos en silencio hasta que entramos en mi casa. Nada más abrir la puerta, veo las manchas de sangre en la alfombra rojiza y los pedazos de cristallitos rotos esparcidos por todas partes en el salón. La botella de tequila, vacía, está tirada en el suelo y todo está hecho un desastre.

—Vaya... —murmura Alberto—, has debido de pillarte una buena, ¿eh?

Sonrí con timidez mientras recojo la botella y la coloco sobre la mesa.

Después, me quedo paralizada. De pronto, pasar al sexo directamente me parece frío y poco agradable, así que estoy a punto de preguntarle si le apetece tomar algo cuando coloca su mano en mi cintura y me atrae directamente hacia él.

—¿Tu dormitorio también tiene cristales rotos? —ronronea en mi cuello, besándome.

—No, ahí no hay cristales rotos —respondo.

Me siento extraña.

Como si algo hubiera cambiado en mí y, de pronto, ya no fuera la misma Lucía de siempre.

Alberto me besa directamente en la boca, abriéndose paso a mi interior con apremio mientras comienza a quitarse el jersey. Yo tiro mi chaqueta al suelo y después le sujeto de la mano para guiarle hasta mi dormitorio. Gracias a Dios, ahí no hay cristales —no estaba del todo segura de no haber roto nada por aquí—. Él, que ya tiene el torso desnudo, se apresura a sacarme la camiseta de Hello Kitty y a dejarme solamente con el pantaloncito puesto. Como no llevaba sujetador, mis pechos se liberan al instante y Alberto se apresura a colocar la mano derecha sobre ellos. Mientras tanto, con la izquierda se va desabrochando el pantalón y lo deja caer al suelo. Su duro miembro se deja ver por debajo de la goma del calzoncillo. Aprieta con fuerza mi pecho derecho mientras se va quitando también el pantalón. Me sonrío y yo le sonrío con perversidad. Su mano se desliza por debajo de mi pantalón y comienza a masturbarme de forma brusca. Puedo sentir su ansiedad y sus ganas por poseerme, por hacerme suya y penetrarme cuanto antes. No sé por qué, quizás porque los efectos del tequila cada vez son menores, pero echo de menos un poco de juego. Algo de preliminares para entrar en acción. Me empuja sobre la cama y yo me dejo caer.

—Lucía... —gime, arrancándome el pantalón rosita de un solo tirón.

Debajo no llevo bragas, así que directamente me quedo expuesta a él. Se tumba sobre mi cuerpo y me devora la boca con apremio y ferocidad, recorriéndome el cuerpo con sus manos temblorosas antes de cogerse el pene y restregármelo sobre mi sexo. Dirige su boca a uno de mis pezones y comienza a lamerlo mientras yo, inmóvil, me decido a no hacer nada y simplemente disfrutar. Además, tengo la sensación de que si tomase las riendas frenaría un poco el ritmo, y él no parece dispuesto a tomarse las cosas con calma. Lo siento. Me quiere ya y no va a esperar. ¿Con Alberto siempre ha sido así? No sé si es una sensación que hoy tengo o si, en nuestros

anteriores encuentros, también nos han podido las ganas de tenernos. Sujeta mi cadera y me hace rodar sobre la cama hasta dejarme de espalda. Coloca su mano fría en mi espalda y desciende lentamente hasta llegar a mi trasero y darme un fuerte cachete. Yo suelto un gritito, sorprendida, mientras escucho su respiración jadeante en mi espalda. Se deja caer sobre mí, anulando por completo mi movilidad, y me abre las piernas con brusquedad para introducirse más fácilmente dentro de mí. Filtra una mano bajo mi vientre y la sube hasta mis pechos para masajearlos mientras que con la otra guía su miembro hacia mi interior. Se clava en mí de una estocada, firme, rápido, ansioso y decidido, antes de empezar a entrar y salir de mí con fuerza. Jadea en mi oreja, excitado, y después me propina otro cachete en el trasero. Aprieta mis dos nalgas con fuerza mientras acelera el ritmo. Yo agarro con fuerza las sábanas y tiro de ellas. No estaba lo suficiente excitada y al principio ha sido un poco doloroso, pero cuando estoy empezando a ponerme a tono Alberto se detiene y sale de mí. Recorre mi trasero con su miembro y temo que pueda intentar probar algo nuevo y diferente, pero en el último instante me pide que me dé la vuelta y me siente frente a él.

—Hoy estás muy calladita, ¿eh? —me dice con una sonrisa de medio lado.

Sí, con Alberto siempre es igual. La diferencia es que yo suelo quitarle el poder, tomar las riendas y acelerar el ritmo cuanto desee siempre y cuando hagamos lo que yo quiero. Pero hoy esperaba otra cosa. Esperaba que esto no fuera simplemente... sexo.

Le dedico una mirada sensual a modo de respuesta justo cuando el sujeta su pene entre las manos y lo acerca a mi boca. En nuestro último encuentro, en el coche, le regalé un pequeño instante de placer exclusivo y él me aseguró que ninguna otra mujer le había hecho disfrutar tanto como yo. Acepto y me llevo su miembro a la boca, saboreando la corona y jugando con mi lengua en ella mientras que le masturbo ligeramente con la mano. Le veo cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás. Después me sujeta del pelo y tira de mi cabeza para introducirse más adentro. Yo reprimo una pequeña arcada y continúo, acelerando el ritmo. No porque me esté excitando, sino más bien porque deseo que se corra cuanto antes y termine. ¿Por qué no me está gustando? ¿Qué diablos pasa conmigo?

—Joder... Sí... —jadea, disfrutando.

Entonces para y sale del interior.

—Qué bien lo haces... —me dice, antes de besarme en la boca y de tumbarse en la cama, justo al lado de donde yo estoy.

Intento disfrutar, de verdad. Quiero hacerlo. Alberto es guapísimo y está para comérselo con pan, pero por alguna razón hoy me siento bloqueada. Quizás, si me hubiera tomado otro par de chupitos antes de...

—¿Vienes?

—Claro —respondo de forma juguetona, dejándome llevar.

Me siento sobre él y poco a poco permito que se clave en mi interior. Me tumbo suavemente sobre su cuerpo para besarle en la boca antes de comenzar a mecer con sensualidad mis caderas. Él coloca las manos sobre mi cintura y comienza a guiar mis movimientos, acelerándolos. Gime, me muerde el labio y cuando ve que no consigue llevar el ritmo que desea, me abraza para darme la vuelta, hacerme rodar y quedar él sobre mí.

—Así mejor —ronronea con voz perversa.

Se clava con tanta fuerza en mi interior que tengo la sensación de que me va a romper por la mitad. Entra y sale fuerte, brusco, mientras toquetea mis pechos y me dice lo sexy y lo buena que estoy. Yo cierro los ojos y llevo mis dedos hasta mi clítoris. Presiento que él está a punto de correrse y a mí aún me queda mucho para alcanzar el orgasmo, así que mejor solucionar el problemilla. Pero nada. Mientras él grita de placer, entrando y saliendo, tocándome, jadeando, gimiéndome en la oreja, yo lo único que deseo es que acabe cuanto antes. Muevo las caderas con fuerza, provocándole para que alcance el éxtasis con mayor rapidez.

—Así, muévete así, nena... —jadea, excitado, con los ojos cerrados.

Y entonces, se corre y estalla en mi interior, dejándose caer sobre mí. Siento su pecho subiéndome y bajando aceleradamente antes de que se aparte lentamente y me pregunte por el baño para poder limpiarse el semen.

—Está en el pasillo, la segunda puerta.

Yo le sigo.

Él se lava en el lavabo y yo me coloco en el inodoro para limpiarme con papel, en silencio. Ninguno de los dos dice nada y la situación se me antoja un tanto agresiva y poco natural.

—Ha estado bien —me dice, sonriéndome.

—Sí, lo ha estado —miento con un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar.

Cuando termino de limpiarme, me pongo el albornoz y me apoyo sobre la puerta para esperarle. Tengo la sensación de que este encuentro ha sido demasiado... impersonal. Vacío.

—¿Te apetece quedarte un rato? —propongo.

Él sacude la cabeza en señal de negación.

—Son las seis de la mañana y en hora y media entro a trabajar —me cuenta con una risita nerviosa—. Voy a pasar por casa para cambiarme.

—Ya, claro —respondo, sin saber qué decirle.

Le sigo por el pasillo hasta la habitación y me quedo esperando mientras se viste.

—Ahora ya sé dónde vives, ¿eh? —señala, guiñándome un ojo—. Creo que voy a venir a hacerte muchas visitas.

Lo dice con doble sentido, claro.

—Cuando quieras —respondo, aunque me sorprende al comprobar que no he sonado en absoluto entusiasmada.

Alberto se pone los zapatos y se dirige hacia la puerta. Yo camino tras él para despedirle, deseando quedarme sola por fin y terminar con este momento tan incómodo. ¿Sentirá la tirantez entre nosotros o solamente será una sensación que tengo yo?

—Descansa, guapa —me dice a modo de despedida, antes de besarme en los labios fugazmente—. Y ya sabes... Llámame cuando quieras.

—Claro. Gracias.

Y sin añadir nada más, cierro la puerta y me quedo a solas en mi triste y vacío pisito de soltera. Me arrastro hasta la camina con una sensación de malestar presionándome la garganta y, cuando me meto dentro de las sábanas, me echo a llorar.

Ni siquiera sé por qué. Quizás porque en menos de una semana me he acostado con tres chicos diferentes. Y quizás porque, el más cabrón de todos esos chicos, es el único que ha conseguido hacerme sentir algo.

—Y ahora, ¿qué? —me pregunto a mí misma en voz alta, deshecha, mientras ahogo el llanto en la almohada.

A la mañana siguiente, cuando llamo a mi madre para decirle que me encuentro mal y que no iré a trabajar, no se sorprende. La mala cara que debió de verme ayer justifica perfectamente mi repentina ausencia.

Duelmo durante toda la mañana. O, mejor dicho, dormito. La resaca me ha dejado traspuesta y hasta después del mediodía no consigo sacar la fuerza suficiente como para enfrentarme al desastre de casa que tengo ahora mismo.

Recoger los cristales no supone ningún problema, pero sacar las manchas de sangre de la alfombra es otra cosa muy diferente. Al final, termino pasando la resaca de rodillas con un trapo en las manos.

Me siento mal. Extraña y triste, al mismo tiempo.

Pero supongo que seguir ahogando las penas en alcohol no me ayudará a solucionar nada, así que decido que ya ha llegado el momento de tomar las riendas de mi vida y cambiar. Se acabó eso de salir todos los fines de semana, de buscar un ligue al que ni siquiera conozco de más de dos horas y de ir coleccionando hombres en los pies de mi cama. Creo que... si me quiero un poco, tengo que dejar de hacerme daño a mí misma y centrarme en mí. En cuidarme y en llevar un estilo de vida un poco más saludable. Antes era una chica normal, lo juro, una buena niña. Muy formal. Y ahora... Ahora termino borracha y en comisaría un día cualquiera de entre semana.

Quizás por esa razón, después de terminar con la limpieza del hogar salgo a dar un paseo por Madrid y decido dos cosas: que debería comprarme un perro y empezar a ir al gimnasio. No es que tenga ningún complejo conmigo misma, pero hacer ejercicio es sano y además te ayuda a mantenerte ocupado durante varias horas a la semana. Lo de comprarme un perro es para obligarme a pasar más tiempo en casa.

Como soy de esas personas a las que se le mueren hasta las plantas, decido empezar por lo del gimnasio. Tenía uno fichado a unas pocas manzanas de mi piso, y aunque me parece carísimo — ¡sesenta euros al mes, por Dios!— decido hacer de tripas corazón y pagar la primera cuota. Algo me dice que será un dinero mal invertido y que además, me verá obligada a sacrificar la última compra de finales de mes por unos tristes cereales para poder pagarlo, pero estoy decidida y poner excusas absurdas no cambiará mi decisión.

—¿Cuándo quieres empezar?

Lo pienso unos segundos y no sé qué responder. ¿Cuándo debería empezar? ¿Mañana? ¿El

sábado?

—Pues, no lo sé...

—Hoy tienes clase de GAP a las siete, por si te apetece probar —me cuenta el recepcionista, que, además, es guapísimo.

¿Clase? ¿Tengo que ir a clase como cuando era una niña? No sé si debería preguntarle qué es eso de GAP, pero como no quiero parecer una inculta que no ha pisado un gimnasio en su vida, le dedico una sonrisa y le digo que iré a la clase. Me anota en la lista de asistentes y me marcho a casa con la sensación de que me he metido en la boca del lobo.

Encontrar ropa de deporte es otra tarea que me lleva más de cuarenta minutos. El único chándal que tengo es uno gris desgastado que tiene más de diez años y que suelo utilizar para bajar a comprar el pan o estar los domingos por casa. Pero como no hay más, me resigno. Me hago una coleta alta, preparo la bolsa con la toalla, gel, champú, una muda de recambio y ropa, y salgo de casa dispuesta a quemar todo el tequila que aún me corre por las venas. ¡Muy bien, empieza mi vida sana!

Pero ni siquiera he llegado al gimnasio cuando ya empiezo a arrepentirme. Estoy doblando la esquina de mi portal cuando un intenso dolor me recorre el pie hasta la rodilla. Es por la herida que me hice ayer en la planta al cortarme con el cristal. Al parecer, no importa lo bien vendada que esté porque según qué movimiento haga, veo las estrellas en colores. Al final, decido dejar lo del gimnasio para cuando me recupere y termino tomándome un vino en el bar.

Sí, lo sé. Había dicho que nada de beber alcohol entre semana y que a partir de hoy llevaría un estilo saludable... Pero beber vino no se considera emborracharse, ¿no? El vino es sano. ¡Es zumo de uva!

Voy por mi tercera copita cuando el teléfono móvil me empieza a sonar. Es Mili, como no. Sopeso no descolgar, pero algo me dice que seguiría insistiendo hasta terminar sacándole chispas a mi teléfono.

—¿Hola?

Ella suspira hondo, aliviada.

—Pensé que no ibas a contestar.

He de admitir que después de tantos años de amistad, me conoce demasiado bien.

—Pues ya ves, te equivocabas... —respondo con la copa en la mano, haciendo girar el zumito de uva en su interior—. ¿Qué pasa?

—Pues iba a preguntarte si te apetecía cenar en el chino. Si no estás ocupada, claro.

—No, no estoy ocupada. Me estoy tomando un zumo —le cuento, riéndome internamente por mi pequeña mentira.

—Vaya, ¡qué sana! —exclama, sorprendida—, Entonces, ¿qué? ¿quedamos?

—Sí, claro. ¿Nos vemos allí en quince minutos?

Escucho el sonido de una bocina y a un señor gritar alguna grosería de fondo. Deduzco que mi buena amiga Mili ha debido de liar alguna conduciendo.

—¿Qué le den, abuelo! —exclama ella antes de responderme—. Sí, sí, genial. Nos vemos allí en quince minutos.

Y dicho eso, cuelga la llamada.

Yo me muero de risa mientras me termino la copa de vino antes de encaminarme a casa para dejar la mochila del gimnasio y ponerme unos vaqueros en condiciones.

Decido no maquillarme, porque estoy perezosa y tengo poco tiempo, y me dejo la coleta alta porque he de admitir que me ha quedado estupendamente. Quince minutos después, estoy a punto de llegar al restaurante cuando mi móvil empieza a sonar. A ver si adivino: ¿mi querida amiga me llama para decirme que llegará diez minutos tarde?

—No me digas que no encuentras aparcamiento porque estoy viendo uno delante de mis narices.

No escucho nada al otro lado de la línea y algo me dice que se ha cortado la llamada.

—¿Hola?

—Si me dijeras dónde estás me teletransportaría para estar ahí ahora mismo —susurra una familiar voz masculina—. Pero supongo que no me lo vas a decir.

Le reconozco al instante y, al hacerlo, se me paraliza la sangre en las venas. ¡No puede ser! ¿Cómo diablos ha conseguido el poli mi número de teléfono?

—¿Qué quieres? ¿Por qué me llamas? —escupo, rabiosa, mientras noto que mi pulso se acelera.

De pronto, mi buen día se ha ido a la mierda.

—Quiero hablar contigo... Me gustaría explicarte lo que pasó el otro día, por favor.

—No quiero ninguna explicación —respondo, trabándome con mis propias palabras por los nervios—. Quiero que me dejes en paz, que no me llames y que no me persigas cuando me veas, ¿lo pillas?

—Si me escuchases dos minutos... Por favor... —suplica con la voz apagada.

Un millar de imágenes de la noche que pasamos juntos estallan en mi cabeza; las copas de vino, las caricias en el sofá, la nata y el chocolate del desayuno, la ducha... Todo fue delicado, sin prisas, tranquilo. Como si de verdad le importase conocerme y saber quién soy. Como si no hubiera sido una maldita mentira. Y de pronto, vuelvo a sentir ese dolor intenso en mi estómago y esas ganas de llorar apretándome la garganta. Le odio. ¿Es que no se da cuenta? ¿Es que no entiende que no hay vuelta atrás?

—Me has jodido la semana, ¿no te sirve con eso? ¡No vuelvas a llamarme! —grito, justo antes de cortar la llamada.

Y digo la semana porque me niego a creer que un capullo de una noche haya sido capaz de

joderme la existencia.

Tengo el corazón a mil por hora mientras me apresuro a guardar su número con el nombre “prohibido contestar” antes de bloquearle en el WhatsApp para que no se le pase por la cabeza escribirme. Siento cómo las lágrimas resbalan por mis mejillas y me tiembla el cuerpo entero por la rabia.

—¡Lu!

Ni siquiera levanto la cabeza cuando escucho la voz de mi amiga.

—Eh... ¿Qué pasa, nena? —pregunta, colocando una mano sobre mi hombro.

Yo termino de bloquearle por todas partes, apago el teléfono por si el muy cabrón encuentra la forma de volver a llamarme —lo peor de todo, es que algo me dice que si insistiera mucho al final terminaría contestando. Y me niego—, lo guardo en el bolso y suelto un grito de angustia para sacar de mi interior el malestar que tengo dentro. Por desgracia, ni siquiera eso alivia el ardor que sacude mis entrañas en este momento.

—Oye, nena... ¿Me vas a contar qué pasa? —inquire con incredulidad y voz de preocupación—. Nunca te había visto... así.

Y entonces me derrumbo y me echo a llorar como una niña pequeña. Mili me envuelve en sus brazos y me susurra al oído que todo va a ir bien mientras yo intento calmarme sin ningún éxito. Le odio. Le odio, le odio, le odio. Le odio porque, por un momento, de verdad me había hecho creer que el hombre perfecto existía y que yo podía tener mi cuento de hadas con final feliz. Y le odio porque, además, me ha hecho odiarme a mí misma. Me he pasado la vida huyendo de esas estupideces y me ha obligado a darme cuenta de que yo también soy como las demás: una niña tonta.

—Le creí... ¿sabes? —escupo, sincerándome con ella—, me contó un montón de mentiras y yo me las tragué todas como una gilipollas.

Mili me acaricia la cabeza con ternura. Por unos instantes estoy a punto de apartarla de un manotazo para que no me deshaga la coleta, pero la verdad es que en estos instantes prefiero el contacto humano a ir bien peinada.

—No te preocupes, cariño... Nos ha pasado a todas.

—Ya, ese es el problema —lloriqueo con rabia, secándome las lágrimas en el hombro de su jersey—, que yo no soy como las demás y también he caído.

Mili suelta una risita absurda y me aparta con ternura para poder mirarme a los ojos.

—No te engañes, Lu. Tú eres como las demás y como los demás —me dice, como si intentase hacerle entender a un niño pequeño por qué el planeta Tierra gira sobre su propio eje. Algo demasiado complicado de comprender—. Todos queremos sentirnos queridos, amados y encontrar a una persona con la que poder compartir la existencia. No se trata de si eres hombre o mujer, ¿sabes? Es ley de vida, y tú no eres diferente por mucho que te esfuerces en aparentarlo.

Me quedo callada unos instantes y entorno los ojos para lanzarle una mirada asesina.

—¿Sabes? A ti te odio tanto como a él —le suelto, justo antes de soltar una risita nerviosa y apartarme las lágrimas a manotazos.

—¿Por qué no te secas la cara y hablamos tranquilamente dentro? —dice, frotándose la barriga—. Me muero de hambre y creo que una copita de vino no te vendría nada mal.

—Creo que tienes razón.

Hablar con mi amiga Mili no siempre resulta terapéutico. Mucho menos cuando se trata de problemas personales, de corazón o laborales. Siempre he pensado que mi amiga era un de esas chicas con suerte que se había adaptado a las exigencias de la sociedad y que se esforzaba por llevar una vida de ensueño. Mili siempre ha sido una de esas chicas que ha buscado el amor, el trabajo perfecto, el piso perfecto. Tenía la impresión de que quería que su vida fuera un cuento de princesas hecho realidad, y a veces la odiaba —aunque jamás admitiré esto en voz alta—, porque a fin de cuentas había conseguido sus propósitos. Pero me equivocaba.

Puede que tenga un buen trabajo, que esté saliendo con el chico del que se enamoró a los diecinueve años y que su vida parezca de color de rosa. Pero, aunque nunca jamás lo cuente, la realidad es bastante diferente. Supongo que, en el fondo, eso es lo que debería hacer cualquier buena amiga en su lugar, ¿no? Si te ve llorando porque tu vida es una mierda, te demuestra que la suya es aún peor y te saca una sonrisa.

—¿Nos trae otra botella, por favor? —dice ella, señalando las copas vacías de la mesa.

¡Genial!

Yo, que hoy iba a empezar una vida sana, que pensaba no beber más entre semana... Aquí estoy, a punto de atacar la segunda botellita de vino de la noche —sin contar las copitas que han caído anteriormente—.

Desde que hemos entrado Mili no ha callado ni un segundo. Después de tantos años de amistad, acabo de descubrir que está hasta las narices de su trabajo. Su jefe no la valora y que el resto de los mandamases la tienen explotada y se piensan que sigue siendo la becaria que entró a la empresa cinco años atrás. Para rematar, ha discutido con Julen —en serio, os juro que acabo de descubrir que esos dos discuten. La verdad es que llevo once años pensando que son la pareja perfecta y que dan asco—. Ella quiere pasar las navidades con la familia y él se quiere marchar a la nieve. Es una discusión absurda, sí, pero he de admitir que eso de “mal de muchos, consuelo de tontos” es totalmente cierto.

—Así que le he dicho que ya puede marcharse a donde le dé la real gana sin contar conmigo —me suelta, sirviendo otro par de copas—. Es un egoísta. Siempre está igual y siempre soy yo la que tiene que ceder, ¿sabes?

—Vaya...

—¿Y sabes lo que te digo?

Está tan enfadada que cualquier pensaría que era ella la que estaba llorando de rabia ahí fuera

un par de horas atrás.

—¿Qué?

—¡Qué le den! ¡Que ya no pienso ceder más a sus tonterías!

Alzo la copa en alto, dispuesta a brindar.

—Así se habla, amiga —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

Me siento mejor. Mucho mejor, en realidad.

—Y ahora, ¿qué? ¿Me vas a contar todo lo que pasó con el idiota de la fiesta?

Suspiro hondo, intentando encontrar fuerzas antes de hacerle un largo resumen. Le cuento lo de que ya me conocía de antes, lo de la cita, la mitad de las promesas vacías que me hizo superficialmente, pero en el dramático final no me dejó nada.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Víctor. O al menos, así le llamó ella —explico—. ¿Crees que Julen le ha dado mi número de teléfono?

—Le dije que no lo hiciera —se excusa, encogiéndose de hombros—. Quizás lo haya conseguido de otro modo, ¿no?

—No lo sé... —murmuro, pensativa.

Tengo que admitir que ese gilipollas me ha marcado bien y que olvidarle no será tan sencillo como me creo a ratos. No importa la vida sana que lleve o que deje de hacer el imbécil con tíos como Alberto, sé que sacármelo de la cabeza no será tan sencillo.

—Quizás deberías escucharle, Lu... —me dice Mili en voz baja, como si temiera poder meter la pata con el comentario—. Cuando discutieron, ella dijo que ya no la quería, ¿no? Quizás sea verdad. No lo sé... A mí me parece que los tíos no se esfuerzan tanto solamente para echar un polvo.

La verdad es que también había pensado en ello, así que no sé qué responder.

—No sé... Una vez os quedasteis a solas en su piso, podía haber ido directo al grano y haberte dicho adiós al día siguiente, ¿no? Yo al menos, no me esforzaría tantísimo si espero liarme con alguien y después pasar de esa persona.

—O puede que no fuera eso lo que pretendiera. Puede que sea un enfermo asqueroso que quería una amante y una doble vida.

Mili suelta una carcajada descomunal y varias personas que están cerca de nosotras se vuelven para mirarnos. Le pido que baje el volumen mientras me uno a sus risas de forma más disimulada.

—Él te gustó, ¿no?

—Ya sabes que sí —admito, aunque decirlo en voz alta me sienta como una patada en el estómago.

—Pues entonces... No sé. Creo que deberías darle una oportunidad.

—No lo sé... Lo pensaré —admito con poca convicción.

Nos terminamos el postre, pero como aún nos queda vino nos tomamos la noche con calma y no pedimos la cuenta hasta que hemos terminado de vaciar el contenido de la botella en las copas. Cuando nos levantamos, ambas vamos un poco borrachillas, así que mi amiga decide llamar a un taxi para que la lleve a casa y dejar el coche donde está. Así es Mili, siempre tan responsable y formal.

Nos despedimos con un largo abrazo y le prometo que, cuando me quede a solas, estaré bien. Es una promesa que nos hemos hecho miles de veces, pero por lo general es ella la que tiene que decirla en voz alta y yo la que la consuela y le seca las lágrimas. Es increíble. Me siento tan débil, tan pequeña y desprotegida...

De camino a casa sopeso lo que mi amiga me ha dicho de darle una segunda oportunidad al poli. A Víctor. De escuchar lo que tiene que decir. Pero no puedo. La verdad es que me siento incapaz de hacer algo así porque, al menos con él, la confianza ya se ha hecho mil añicos. No sé si seré capaz de volver a confiar en otro hombre, pero sé perfectamente que en él no podría. Por mucho que me esforzase, no podría creerme ni una sola palabra más después de tantísimas mentiras. Además, aunque al final todo tuviera una explicación razonable, algo en mi interior me dice que el miedo constante a estar equivocándome me carcomería por dentro.

Cuando llego a casa me duele la cabeza. Al parecer, mezclar una resaca de tequila con una borracherilla de vino no es tan buena idea como me parecía en un principio. Pero supongo que ya es tarde para arrepentimientos.

Me desnudo, me pongo el pijama y me tumbo en la cama con el teléfono apagado en la mano. Tengo que encenderlo para poner el despertador si espero ir mañana a trabajar y que mi madre no termine desheredándome por completo, pero me da pánico encontrarme con sus llamadas. “Le has bloqueado, estúpida”, me dice una vocecita en mi cabeza. Y sí, sé que tiene razón, pero siempre puede probar a llamarme desde otro teléfono o de mandarme uno de esos antiguos SMS que ni siquiera el gobierno puede bloquear.

Al final pulso el botón de encender con un millar de cosquilleos paseándose por mi vientre. Estoy nerviosa. Sí, es increíble. Ni siquiera entiendo por qué me siento así. Apago la luz de la habitación mientras cambia de pantalla y, cuando voy a meter el código PIN de desbloqueo, suelto un pequeño grito de angustia. Me siento, de repente, como si estuviera viviendo mi primera adolescencia y me hubiera encaprichado del malote de turno a pesar de saber a ciencia cierta que no me conviene lo más mínimo. Aparece mi fondo de pantalla, que es una foto mía con Mili uno de nuestros sábados de fiesta — salimos extremadamente bien, y eso es muy raro. Por lo general, si una está guapa en una foto significa que la otra ha salido bizca— y espero mientras poco a poco van apareciendo todos los iconos que tengo. Por lo general, las llamadas y los mensajes suelen tardar un par de minutos en aparecer, así que me armo de paciencia con los ojos clavados a la

pantalla, sin perderme detalle. Un minuto, dos minutos... Nada. ¿De verdad? ¿Después de colgarle el teléfono no ha insistido más? ¿No ha intentado volver a llamarme? ¿Ni escribirme? ¿Ni nada? Una vez más, vuelvo a sentirme decepcionada, aunque sé muy bien que debería de estar aliviada. Supongo que mi cerebro ya no funciona como debería.

Pongo el despertador a las siete de la mañana, pero, en vez de cambiarlo al modo “silencio”, lo dejo con volumen sobre la mesilla.

—No seas niña y olvídale ya, Lucía —me recrimino en voz alta a mí misma antes de cerrar los ojos con fuerza.

El aliento me huele a vino rancio y me sigue doliendo ligeramente la cabeza, pero estoy cansada e intuyo que si despejo mis pensamientos no tardaré demasiado en dormirme. Pienso en Mili y en la cena de hoy. Creo que nunca jamás nos habíamos abierto tanto la una con la otra; supongo que yo por miedo a ser juzgada —y a juzgarme a mí misma— y ella... por lo mismo. Imagino que tener una amiga tan hermética como yo, a veces, no debe de ser sencillo. Sonrío internamente mientras me digo a mí misma que pase lo que pase, nunca más dudaré si debo de ser yo misma o no.

Empiezo a entrar en un estado de duermevela cuando, de pronto, mi teléfono móvil libera dos pitidos firmes y seguidos indicándome que tengo un nuevo mensaje de texto. Mi corazón se me vuelve a acelerar a mil pulsaciones. Hoy, el pobre, está sufriendo muchos altibajos y creo que en cualquier instante correrá el riesgo de sufrir un paro cardíaco si no me relajo y empiezo a tomarme las cosas con calma. Cojo el teléfono de la mesilla preguntándome a mí misma qué haré si es él. ¿Voy a responder el mensaje, o no?

—Si es él... Respondo —admito finalmente con los nervios a flor de piel, sintiéndome otra vez como una chiquilla de quince años—, y si no es él... le olvido para siempre.

Es una promesa. Y las promesas siempre hay que hacerlas en voz alta, aunque no las vaya a escuchar nadie más.

Desbloquea la pantalla y... ¡Vaya decepción! Es Alberto, claro.

“Anoche me lo pasé muy bien contigo, guapísima. Estoy deseando volver a verte. Besos”.

Suspiro hondo antes de responder porque estoy a punto de hacer algo que nunca jamás había hecho.

“Lo siento mucho, Alberto, pero creo que lo de anoche no va a volver a repetirse. Aunque eres un amigo genial y espero poder seguir contando contigo, te he cogido mucho cariño. Un beso... Lu”

Pulso la tecla de enviar sintiéndome aliviada y esta vez, sí, pongo el modo “silencio” y me voy a dormir. Siempre he tenido la estúpida costumbre de mantener a los hombres “ahí”, en “espera”, por si en algún momento los necesitaba o me apetecía un revolcón rápido sin compromiso. Pero algo en mi interior me dice que esa Lucía ya ha quedado atrás.

A la mañana siguiente me tomo las cosas con calma.

No es que me sobre tiempo, pero hoy he decidido no correr riesgos e iré a trabajar en taxi. Ayer me hice una promesa a mí misma y creo que, por mucho que me cueste —y por muy caro que le salga la tontería a mi cartera—, voy a cumplirla. Me lo merezco.

Desayuno un café con leche bien cargadito y me tomo un ibuprofeno para soportar el maldito dolor de cabeza que me taladra las sienas desde anoche. Ayer Alberto no me contestó al mensaje. No es que me importe demasiado, pero deduzco que su ausencia significa algo así como “eso de ser amigos no me interesa lo más mínimo”. Y para ser sincera, a mí tampoco. Solamente era una manera de quedar bien y no parecer una insensible.

Me deslizo mi vestido favorito por la cabeza, me pongo unos botines de tacón y me maquillo cómo no hacía desde hace mucho tiempo. Hoy me siento mejor, y creo que mi madre se alegrará de ver que mi cara de muerta ya ha quedado atrás.

Por la ventana observo el diluvio que está cayendo sobre Madrid. Si sigue lloviendo así, tendré que pedir una lancha y no un taxi para poder ir a trabajar. ¡Maldito cambio climático!

Termino de ordenar mi piso, me coloco una chaqueta gordita y salgo del portal con la sensación de que hoy será un buen día. Una vez leí en un horóscopo que la mentalidad con la que uno afronta el día deriva en lo que le va a deparar, así que me pongo la mejor sonrisa que tengo en los labios y salgo dispuesta a arrasar con todo. Se acabó eso de estar sintiéndome absurda y de pasarme las horas compadeciéndome de mi misma.

Llego puntual al trabajo. En realidad, llego antes de tiempo y mi madre aún no ha abierto, así que aprovecho para ir a por dos cafés para llevar y un par de cruasanes para que más tarde podamos desayunar juntas.

He descubierto que venir en taxi al trabajo es una verdadera maravilla. Me ha cobrado siete euros, sí, pero cuando ha parado en la puerta de la floristería me he sentido como una de esas importantes famosas que pueden llevar tacones de infarto todos los días porque no tienen que correr para no perder el tiempo. Empiezo a pensar que la vida de ricachona no se me daría nada mal, oye.

Cuando llega mi madre y me encuentra esperándola con el desayuno se emociona tanto que me hace creer que soy la peor hija del mundo. ¿De verdad se le escapan las lagrimillas por un gesto tan absurdo? Creo que tengo que empezar a valorarla un poquito más, a fin de cuentas, ella me ha dado la vida, el trabajo que tengo, y... el año pasado por mi cumpleaños me regaló el bolso de

Michael Kors más bonito que hay en mi armario. Desde luego, se merece como mínimo unos cuantos achuchones a la semana.

Nos tomamos la mañana con calma y desayunamos sin prisa. Algún repartidor nos interrumpe de vez en cuando, pero los pedidos están preparados desde ayer y los clientes no empezarán a llegar hasta después de las diez, cuando abramos oficialmente las puertas de la tienda.

Hablamos de todo y de nada. De papá, de Mili, de cómo va el país y de que ella tampoco sabe a quién votar en las próximas elecciones porque son todos unos ladronzuelos. Ya sabéis, la típica conversación de miércoles por la mañana. Después me pregunta si me he echado novio de una vez por todas, porque claro, ya tengo una edad y el arroz se me va a pasar como siga así.

—Ya sabes que no quiero nada serio por ahora —le digo con voz cansina.

Pero entonces entorna los ojos y me escruta muy seriamente, analizándome como si le hubiera dicho una mentira. Y, ¡joj! No se la he dicho. Puede que el poli me haya hecho darme cuenta de que una posible relación puede ser algo agradable para el futuro, pero después de nuestro horrible desenlace no me veo con ganas ni esfuerzos de abrirme a nadie más hasta que pase una larga temporada y me sienta mejor conmigo misma.

—Bueno, cuando se te pasen las vergüenzas me cuentas como se llama... Si te apetece, claro —me pincha ella con una sonrisa traviesa.

Yo pongo los ojos en blanco y decido dar el tema por zanjado para que no siga formándose pajaritos en la cabeza.

La jornada laboral de hoy se me hace amena, aunque la lluvia no da tregua y tenemos que fregar el suelo varias veces para quitar todo el barro que los clientes arrastran de las calles al interior. Cuando echamos el cierre y nos despedimos en la puerta, como cada tarde, ha dejado de llover y el sol brilla entre las nubes grisáceas que parecen ir despejándose poco a poco. Mi madre me da un fuerte achuchón, como si en el fondo supiera que necesito mucho de eso, antes de decirme que para cualquier cosa que necesite la tengo ahí. Siempre. Y, la verdad, es que ya lo sé. No solemos decirlo, pero las hijas sabemos que nuestras madres siempre estarán ahí para nosotras, aunque con los años nos transformemos en unas adultas irresponsables y nos merezcamos ser desheredadas en más de una ocasión.

Como no puedo permitirme abusar de los taxis de la ciudad, vuelvo a retomar mi vida de plebeya donde la dejé aparcada y me encamino hacia la boca de metro más cercana. No soy consciente de que me he olvidado el paraguas en la floristería hasta que, justo cuando estoy entrando en las escaleras mecánicas, me salpican un par de gotas de lluvia. Rezo internamente porque sea una falsa alarma y que al salir haya dejado de llover. Me concentro en pensar en positivo, a ver si así mi día sigue yendo rodado y no tengo que empaparme de pies a cabeza para llegar a mi casa.

Pero no. Parece que los pensamientos positivismos pueden afectar a muchas cosas, pero contra

los fenómenos naturales no hay nada que hacer. Cuando salgo del subterráneo está cayendo una tremenda y yo, que hoy he salido muy mona de casa, llevo esos botines de tacón tan monos con los que correr es una tarea de super heroínas. Decido seguir siendo la Lucía optimista y espero unos minutos a ver si amaina, pero nada. Esto tiene toda la pinta de que terminará con un resfriado y dos días de mocos, tos y fiebre acompañados de jarabe rancio con sabor a gominolas de fresa.

—Pues allá vamos... —murmuro mientras saco las llaves de casa para tenerlas bien preparadas en la mano y no tener que rebuscar en el bolso, bajo la lluvia, una vez llegue al portal.

Echo a correr con el agua golpeándome el rostro. Un rayo ilumina el cielo grisáceo de Madrid y, de repente, esto parece el apocalipsis. El fin del mundo se avecina...

Corro más rápido, a pesar de que a estas alturas ya estoy calada y me chorrea hasta el sujetador que llevo. Me aprieto con más fuerza el abrigo y sujeto el bolso contra mi pecho cuando...

—¡Joder! —exclamo, tropezando con una baldosa rota que hay en la acera.

Mi bolso sale disparo y las llaves de casa también. Me agacho corriendo a por el bolso —lo importante primero, claro—, y al acercarme a por las llaves les doy una pequeña patada sin querer con la punta del botín. Veo a cámara lenta cómo se desplazan hasta quedar al borde de una alcantarilla. Me estoy abalanzando sobre ellas cuando... ¡Pum! ¡Desaparecen de mi vista!

—¡Mierda! ¡Mierda! —grito, intentando levantar la maldita alcantarilla para sacarlas de ahí.

Pero es imposible.

Además, aunque consiguiese la fuerza de Hulk para despegarla, encontrarlas ahí sería un verdadero milagro. Con casi total probabilidad, el agua ya las habrá arrastrado por el conducto. Suspiro muy hondo, armándome de paciencia y repitiéndome lo que dice el maldito horóscopo: con buena actitud, todo va mucho mejor. ¡Joder! ¡No quiero imaginar cómo habría sido mi día si me hubiera despertado con el pie izquierdo!

Camino hasta mi portal compadeciéndome de mi misma y sin ninguna prisa. Seguramente, tendré que esperar varias horas hasta que venga el cerrajero a rescatarme.

Le toco el timbre a la vecina del cuarto, doña Carmencita, para que me abra la puerta del portal y al menos poder resguardarme del frío. Como aquí dentro hay poca cobertura, mucha menos si entro al ascensor, decido subir las escaleras hasta mi piso caminando mientras llamo al cerrajero. Pero, ¿sabéis qué? Comunica. Como no. “Si algo puede salir mal, saldrá mal”, me digo mentalmente antes de recordarme que no volveré a confiar en las tonterías que dice el horóscopo en mi vida.

—Hola...

Y entonces, mi corazón deja de latir unos instantes y contengo la respiración, sopesando si estoy sufriendo una alucinación o, en efecto, las cosas sí que pueden empeorar. Aunque estén fatal.

—¿En serio? ¿Qué parte de “déjame en paz” no has entendido, Víctor? —pregunto con la voz desesperada, y al hacerlo me doy cuenta de que es la primera vez que le llamo por su nombre.

En realidad, si no fuera por su novia ni siquiera sabría cómo se llama. Como ese pensamiento me cabrea, decido suspirar hondo y relajarme. Estoy empapada, fuera sigue lloviendo y no tengo escapatoria hasta que el cerrajero me coja el teléfono y se digne a abrirme la puerta, así que más me vale tomarme las cosas con filosofía.

—Mili me ha dado tu dirección —me explica en voz baja, como si temiera que pudiera ponerme a gritar como una loca en mitad del rellano—, pero no te enfades con ella.

—No, con ella no —escupo, rabiosa, apoyándome contra la pared para lanzarle una mirada de desagrado.

Aunque en realidad, me alegro de verle. Y de que esté aquí.

Que se haya molestado en conseguir mi número y mi dirección de casa es un poco siniestro, pero también quiere decir que todas las cosas que me dijo esa noche no fueron mentiras sin fundamento. Algo tuvo que significar para él, ¿no?

—Solamente quiero explicártelo, por favor... —asegura, retorciendo el gorro de bruja que llevaba aquella noche entre sus manos.

Supongo que debí de dejármelo allí, aunque no lo recordaba en absoluto.

Pongo los brazos en jarras y suspiro hondo.

—Supongo que no me quedará más remedio que escucharte..., porque no tengo llaves de casa para poder entrar y no se me ocurre una forma sensata de echarme de aquí sin que los vecinos llamen a la policía por escándalo público.

Él suelta una risita.

Está muy guapo. En realidad, vestido de calle está todavía más guapo que de policía. Lleva una trenca negra, unos vaqueros y unos zapatos de piel. Me imagino que habrá salido de trabajar y habrá venido directo a verme, porque está muy elegante para ser un día cualquiera entre semana.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —murmura con cierta esperanza en el tono de voz.

—¿Otro de tus estúpidos tratos? —le recrimino, incapaz de contener el veneno que tengo en la punta de la lengua—. Mejor no te recuerdo cómo terminó el último.

Él tuerce el gesto en una mueca de disgusto, aunque decide ignorar mi comentario antes de responder.

—Si tú me das dos minutos para explicarme, yo te abro la puerta de casa.

Me lo pienso unos instantes.

Creo que, acepte o no, voy a escucharle. Además, la Lucía atontada que hay dentro de mí quiere hacerle caso a Mili y darle una oportunidad, así que... no pierdo nada.

—¿Cómo? —inquiero, señalando la puerta.

Él sonríe y se rebusca en los bolsillos antes de sacar la cartera y mostrármela.

—Con una tarjeta de crédito. Te aseguro que no tardaré más de cinco minutos en hacerlo.

—Vaya... ¿Has pasado de policía a ladrón profesional?

Él se ríe y a mí se me derrite el alma.

—Entonces... ¿Tenemos un trato?

Saco el teléfono móvil, busco la aplicación del reloj y, mostrándole la pantalla, activo una cuenta atrás.

—Dos minutos —le advierto.

—Me bastan... —me dice, levantándose del escalón en el que estaba sentado y acortando la distancia que había entre nosotros. Yo extendiendo la mano para marcar un perímetro de seguridad y él se detiene, obediente—. No te mentí. Clara es... mi mejor amiga.

—Y tu novia —le recuerdo con una sonrisa irónica.

—Llevamos juntos muchos años —me explica con el gesto torcido—, aunque desde hace dos ni siquiera vivimos en la misma ciudad. Ella se marchó a París por trabajo y yo me quedé aquí, esperándola.

—Eso no explica nada —señalo con un nudo en la garganta.

¡Oh, no!

Las ganas de echarme a llorar vuelven a resurgir de mi interior y necesito controlarme para no derrumbarme aquí mismo.

—Ya no la quiero, ni ella a mí, aunque ahora no lo vea claro—continúa, ignorándome—. Bueno, mejor dicho, ya no nos amamos. Seguíamos juntos por costumbre, aunque hacía más de seis meses que no nos veíamos. Últimamente ni siquiera nos llamamos por teléfono y... Ella sabía que lo nuestro tenía el final adjudicado, por eso decidió venir sin avisar. Para intentar arreglarlo.

—Precioso —musito con un hilillo de voz, apretando los labios.

—Pero no había nada que arreglar porque hacía tiempo que yo había empezado a sentir algo por otra persona —me dice, mirándome muy fijamente con esos profundos ojos azules que tiene—. Una persona que ni siquiera sabía que yo existía. Una persona a la que llevo años viendo cada mañana, imaginándome que un día conseguía el valor para levantarme del asiento e ir a hablar con ella... —hace una pausa para coger aire y continúa—. Me intentaba convencer que solamente eras un capricho, que me parecías una chica guapa y ya está. Porque es imposible enamorarse de alguien con quien nunca has hablado, ¿no? Pero aún así, no podía quitarte los ojos de encima. Te veía enroscarte el mechón de pelo cuando te ponías pensativa, o dar patadas al suelo con la pierna izquierda cuando el metro iba con retraso y te ponías nerviosa por llegar tarde... O cuando te dio por desayunar galletas María todas las mañanas o esa temporada en la que te arreglabas tanto que parecía que ibas a un desfile de moda. No podía quitarte los ojos de encima... Y ahora tampoco puedo.

—No te creo —respondo con la voz rota, soportando las lágrimas que amenazan con estallar de un momento a otro.

Sin darme cuenta, empiezo a dar pataditas al suelo con la pierna izquierda hasta que caigo en la cuenta y me siento terriblemente absurda al hacerlo. Él también se da cuenta y sonrío.

—Pero entonces te vi en la fiesta... Y pensé: ¡joder, Víctor! ¡No puede ser casualidad! —exclama, riéndose en voz alta—. ¿Qué probabilidades hay de encontrarse a la chica de tus sueños en una fiesta de alguien que ni siquiera conoces? Tú estabas ahí, dispuesta a conocerme... Y en ese preciso instante, si quedaba alguna duda en mi interior, desapareció por completo. Funcionase o no contigo, Clara ya formaba parte de mi pasado.

Una lágrima se desliza por mi mejilla hasta desaparecer en mis labios. Es la primera de otras muchas que vienen después y que no consigo controlar.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Después de dejarla —admite con la voz rota—. Quería hacer las cosas bien, de verdad... No quería que nada saliera mal. No contigo.

La alarma del móvil libera un pitido, indicándome que la cuenta atrás ha llegado a su fin. Ahora mismo, mi cabeza tiene tantas cosas dentro y gira tan deprisa que ni siquiera sé expresar qué siento. Y mucho menos soy capaz de decir algo en voz alta. Me quedo quieta, mirando esos malditos ojos azules que tan hondo han marcado mi corazón. Supongo que lo que dice tiene sentido, y podría perdonarle... Podría fingir que nada ha pasado. Pero en el fondo sabría que me engañó y viviría con la eterna duda de si continúa haciéndolo o si me está ocultando algo más.

Víctor se da la vuelta, saca una tarjeta de la cartera y se agacha sobre la cerradura. Mete la tarjeta por la rendija mientras que con la otra mano tira con fuerza del picaporte. Yo, aún hecha un mar de lágrimas, le miro boquiabierta con las piernas temblorosas. No sé si tiemblo de frío o...

¡Dios! ¡No sé ni por qué tiemblo!

Y tal y como había prometido, en un par de minutos se escucha un “clack” y la puerta de mi piso se abre de par en par como por arte de magia. Víctor se levanta del suelo, guarda la tarjeta en el bolsillo —que ha quedado hecha un ocho y que dudo mucho que vaya a servirle para nada—, y se acerca a mí. Estira el brazo con precaución y me acaricia la mejilla, secándome las lágrimas.

—Solamente quería que escuchases mi versión de los hechos —me dice en voz baja, casi en un susurro—, y con eso, me basta. Si no quieres volver a verme te respetaré. Y si cambias de idea... Supongo que ya tienes mi número, ¿no?

Asiento con un gesto silencioso mientras el mar de confusión que me arrolla me impide decir nada en voz alta. Tengo que aclarar mis pensamientos, y a decir verdad, ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Espero verte pronto, bruja... —sonríe, a modo de despedida.

Le paso de largo y cierro la puerta tras de mí, quedando a solas en mi piso. Aún tiemblo. Y aún estoy confusa.

Tengo frío, todo da vueltas a mi alrededor y mi corazón late con tanta fuerza que tengo la sensación de que en cualquier momento se me escapará por la boca. No sé qué diablos pasa conmigo, pero una cosa tengo clara: nunca, jamás, en mi vida, me había sentido así. Y una parte de mí me dice que, si ignoro a mis sentimientos y corro una tupida cortina hoy, mañana no seré capaz de perdonármelo jamás.

Vuelvo a abrir la puerta sin pensármelo dos veces —porque si lo hago tal vez vuelva a cambiar de idea una vez más—, pero él ya no está.

—¡Eh! —grito, aunque no sé si a estas alturas podrá escucharme.

Espero unos segundos y nada, pero cuando estoy a punto de tirar la toalla, don ojazos asoma por las escaleras y se queda mirándome extrañado.

—¿Qué pasa?

—Mi gorro de bruja —escupo sin pensar—. Quiero que me lo devuelvas.

Se queda mirándolo porque aún lo lleva en las manos. Supongo que, por la intensidad de su diálogo, ha debido de olvidar dármelo.

—Sí, claro, lo siento...

Me tiende la mano con él y yo agarro el gorro, y también su mano. Lo hago intencionadamente porque mi corazón me grita a pleno pulmón que no le deje marchar. Y por primera vez, estoy dispuesta a hacerle caso y a guiarme por él. Víctor se queda paralizado, como si el repentino contacto entre nosotros le hubiera paralizado. Nos miramos, en silencio, y sé que esta vez es a mí a quien le toca hablar.

—Te apetece... ¿Tener otra cita? —pregunto con la voz temblorosa—. Pero esta vez sin mentiras.

Su sonrisa se ensancha en los labios.

—Me apetece mucho.

Le suelto y me hago un lado para que pueda pasar al interior.

—Pues... ¿qué tal si empezamos por presentarnos correctamente? —pregunto, cerrando la puerta detrás de nosotros—, me llamo Lucía.

Y eso es todo lo que me da tiempo a decir antes de que sus labios vuelvan a presionar los míos recordándome cuál es el sabor del verdadero amor.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya
Besos de carmín
Mi último recuerdo
Escribiéndole un verano a Sofía
Nosotras
Secretos 1, 2 y 3
Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta
Una cosa de locos
Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa
Nuestros días
La chica que se llamaba como un cometa
Un “te quiero” por Navidad
Mi protector
Su protegida
Ave Fénix
Donde nacen las estrellas
Una guerra del pasado
Olivia y su caos
Siempre Contigo
Un hombre de negocios
Isla de Plata
¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!
El rescate
El laberinto
Luna de gato
Magená
Denahi
Hinun

Ni una cita más
Yo en Roma, tú en Nueva York
La vida de Dani
El amor está en la toalla de al lado
¡Ni me toques!
Lo que no esperaba
El libro de Joe Byers
El corazón de Joe Byers
Con cariño, para Sailor's Rest